


# JOE, EL MUTANTE

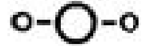
LAW SPACE

Colección ESPACIO

# Joe, el mutante

POR

Law Space



EDICIONES TORAY, S, A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: B. 15.120 - 1959

Núm. de Registro: 6.195 – 59

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

# PRÓLOGO

¿Quién recuerda ya la Segunda Guerra de Corea? La primera, allá por la mitad del siglo XX, fue uno de los muchos y estúpidos recuerdos que nos dejó la «Cold War», la «guerra fría», como la llamaban entonces.

La Segunda fue diferente.

Estalló en 1985 y duró, exactamente, once días. Nada más; pero fue mil veces más horrible que su predecesora y sus consecuencias, aún hoy, a principios del siglo XXI, las estamos padeciendo.

Todo el mundo sabía que las grandes potencias deseaban probar, cómo fuese, la eficacia de las llamadas «armas atómicas tácticas». Habían buscado cientos de ocasiones y no fue una sola vez la que, arrastrados por este histérico deseo, por esta malsana curiosidad, los Estados Mayores habían acercado a las regiones «en tensión» sus armas nucleares de uso táctico.

¿Qué les detenían?

El miedo a una conflagración mundial.

¡Los muy hipócritas!

Ya se las arreglaron, dejando verter sus mentiras en las que ya nadie creía: «deseamos limitar tal conflicto», «si los enemigos dan un paso más, estamos dispuestos a usar nuestras armas tácticas atómicas» ...

Indudablemente, aquellos enloquecidos hombres no supieron resistir la tentación. Deseaban probar, en «una guerra de verdad», las armas de las que estaban orgullosos.

Y lo hicieron.

La Segunda Guerra de Corea — eso es lo triste, ¡como todas las «guerras limitadas»! — no levantó gran revuelo. La gente siguió trabajando, divirtiéndose, viviendo, en una palabra.

Sólo los familiares de los que combatieron en ella sintieron el peso de la horrenda tragedia que se desarrollaba en la sufrida península asiática.

Hoy nadie recuerda, más que como un hecho histórico sin demasiada importancia, aquella Segunda Guerra de Corea. Sin embargo, la tragedia no «se limitó», ni muchísimo menos, sino que salió del marco preestablecido y desencadenó una ola de horror que intentan explicar las páginas que siguen.

Harold W. Warren, director del Instituto de Genética de la Universidad de San Diego, fue quien encendió la mecha de aquel espantoso barril de pólvora.

La cosa fue así…




## CAPÍTULO PRIMERO

DESPUÉS de su habitual clase de Genética, Harold W. Warren abandonó la Universidad de San Diego, California. Con su cartera debajo del brazo, llegó a tiempo para alcanzar el helicóptero que le llevó al aerodromo de Los Ángeles del que, diez minutos más tarde, salía el «Torpedo Transcontinental», establecido años antes, que le dejaría, en una hora y veinte minutos, en Nueva York.

Con un poco de suerte podría llegar a tiempo de tomar un nuevo helicóptero a reacción que le llevaría a Washington a tiempo de sorprender a su amigo Lawrence a la salida del Congreso.

Durante todo el viaje, Harold no dejó de pensar en lo mismo.

Hombre dedicado exclusivamente a sus estudios, que le apasionaban, Warren mantenía muy poco contacto con el mundo exterior. Sus trabajos y sus colaboradores, un grupo de inteligentes jóvenes, eran como una barrera que le aislaba de lo demás,

manteniéndole en un ambiente en el que se sentía plenamente dichoso.

Pero la Segunda Guerra de Corea había cambiado totalmente su ostracismo voluntario, decidiéndose a romperlo por una vez.

Se hablaba ya —la Prensa, la Radio y la Televisión se encargaron de difundirlo a los cuatro vientos — de un alto el fuego. Y fue aquella noticia la que impulsó a Warren a abandonar su trabajo, con la esperanza de llegar a tiempo.

Todo se desarrolló como pensaba y antes de las dos de la tarde, hora en la que el Congreso solía terminar sus sesiones, estaba ya allí, ante el edificio del Capitolio, al lado de un coche que había alquilado momentos antes.

Su calidad de miembro de la Academia de Ciencias de los Estados Unidos le permitió pasar las dos primeras barreras de policía, situándose en el lugar donde aparcaban los vehículos de los senadores. Como también conocía — Lawrence le había visitado con cierta frecuencia y hacía muy poco — el coche de su amigo, situó el suyo en las proximidades, seguro de que vería a Harry cuando éste se dirigiese hacia al vehículo.

Estaba contento de haber llegado a tiempo y, a la vez, nervioso, deseando entrevistarse con Harry para hacerle comprender la importancia del asunto que le había traído a Washington.

Cuando le vio al salir con un grupo de amigos, de los que se despidió a la entrada del parque de estacionamiento, Harold sonrió; después, cuando Lawrence, profundamente ensimismado, se dirigía a su coche, Warren, con un placer infantil, se asomó a la ventanilla del suyo, gritando:

—¡Harry!

El hombre se detuvo, sorprendido, volviendo la cabeza hacia el lado de donde provenía la voz; luego, al reconocer a su amigo, exclamó:

—¡Pero si es Harold W. Warren! ¡Santo Cielo! ¡Esto sí que es una sorpresa!

El profesor bajó del coche, dirigiéndose a su encuentro. Ambos amigos se abrazaron efusivamente.

—¡Todavía me parece mentira! — exclamó Lawrence.

—¡Pues es verdad! Aunque espero que no nos quedemos aquí todo el día.

—Perdona… ¿Has alquilado este coche, supongo?

—Sí.

—Bien. Dejaré el mío en el parque, aunque has de comprometerte a traerme esta tarde a las cinco.

—¿Tenéis, sesión?

—Sí. Pero ya hablaremos de política… Te llevaré a un buen

restaurante; sabes — agregó, con una sonrisa, acompañada de un guiño — que un solterón como yo come siempre por ahí.

—Vamos donde quieras, pero que sea un lugar tranquilo.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, conducido por su amigo, el profesor detenía el vehículo en las afueras de la ciudad, ante un coquetón edificio de una sola planta, sobre cuya fachada, en grandes letras, se leía: «TORRICELLI».

—¿Será descendiente del célebre físico? — bromeó Warren.

—No lo sé — repuso el otro, descendiendo del coche —. Pero te aseguro que recordarás esta comida... ¡Hay un cocinero maravilloso!

Al profesor le encantó el sitio que, evidentemente, era tranquilo. De todas formas y sospechando que llegarían otros clientes, hizo que el «maître» les llevase a una mesa completamente apartada, en un rincón cómodo, donde tomaron asiento.

Después de pedir una comida, consultando a Warren, el senador se volvió hacia su amigo.

—¿Qué te trae por aquí, Harold?

—Un asunto de gran importancia; pero, antes de entrar en materia, desearía hacerte una pregunta; es decir, unas cuantas.

—Las que quieras.

—¿Se ha dado ya la orden de alto el fuego en Corea?

—Se dará esta tarde, después de la votación...

—¿Desmovilizaréis inmediatamente después?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Que enviaremos tropas de refresco, para que los «marines» que han intervenido en la contienda regresen a sus casas... ¡Se lo merecen!

—Me lo temía.

—¿Eh? No te entiendo.

La llegada del camarero les interrumpió; pero cuando éste se hubo alejado, el senador volvió a insistir.

—¿Por qué has dicho antes que lo temías? ¿Qué es lo que temías?

La voz de Warren bajó de tono.

—Escucha, amigo mío: todavía no me explico cómo el Congreso no ha pensado en las consecuencias de esta guerra atómica que se ha desencadenado en Corea.

—Hemos pensado en todo — se amoscó el otro.

—No. La prueba es que pensáis hacer volver a los que han intervenido en la guerra.

—¿No lo merecen?

—Sí. *Pero no pueden regresar*.

—¿Por qué?

Hubo una pequeña pausa:

—¿Has oído hablar de mutantes, Harry?

—Un poco; pero, si he de serte sincero, no sé mucho de eso.

—Está bien. Escucha... Se llama mutante en Genética al individuo capaz de sufrir mutaciones. Éstas, a su vez, son variaciones bruscas de la herencia, casi todas, en el caso que nos ocupa, de carácter monstruoso. Todo soldado que haya estado sometido a una guerra atómica corre el peligro de ser un mutante; es decir, un ser cuyos hijos, en el noventa y nueve de los casos, serán monstruosos.

—Pero...

—Es como si todos nuestros soldados fuesen sospechosos de haber contraído una enfermedad infecciosa de gravísimas consecuencias... ¿Los dejaríais entrar en el país si fuera así?

—No, evidentemente.

—Pues esto es mil veces peor, Harry... Los soldados, cuyos organismos hayan sido afectados por las radiaciones, son portadores de la enfermedad más horrible que puede imaginarse: una herencia generalmente monstruosa... ¿No te das cuenta de que, dejando que regresen a los Estados Unidos, podéis hasta atentar contra la integridad racial del país?

—Ahora empiezo a comprenderlo.

—Por eso lo he abandonado todo, imaginándome que ibais a cometer un error cuyas consecuencias son comprensibles, pero siempre desastrosas.

—¿Qué podemos hacer para evitar eso?

—¡Impedir que los soldados vuelvan! Concentrarlos, en un campo especial, fuera de Corea, para que sean examinados por un grupo de médicos. Habrá muchísimos casos que serán recuperables y podrán regresar; otros, por el contrario, permanecerán allí hasta que se esté seguro de que no son portadores de genes mutantes...

—Comprendo. ¿Y la población civil de Corea?

—Eso es distinto. Separar los mutantes de los normales sería casi imposible, ya que el número de los afectados por las radiaciones atómicas será muy grande. Corea está condenada, amigo mío.

—Ya veo...

Hubo una larga pausa, que fue como un paréntesis de angustia entre ellos. Después, Harry, que apenas había probado bocado dijo:

—Creo que lo mejor es que me acompañes esta tarde a la sesión extraordinaria del Congreso. Pediré un pase para ti, como asesor, y haré públicas tus ideas. Es muy posible que seas interrogado largamente.

—¡Es lo que deseo!

—Bien — el senador consultó su reloj—. Lo mejor es ir preparándonos. ¿No te parece?

—Como quieras.

* * *

El Congreso escuchó atentamente la larga y documentada disertación del profesor Warren, que les hizo ver el peligro en toda su fatídica extensión.

La expresión de los rostros, a medida que avanzaba la conferencia del profesor, fue ensombreciéndose y cuando el sabio terminó, poniendo en guardia a todos contra los peligros que acababa de exponer, con toda claridad, la votación fue unánime, aprobando los puntos de vista que él defendía.

Siéndole imposible al propio Warren abandonar los urgentes y preciosos trabajos que realizaba, designó, por orden del Congreso, a una pareja de ayudantes, los doctores Weaver y Chace, que fueron enviados al Japón, al norte de la isla de Hokkaido (Yeso), donde había sido instalado el Campo de Mutantes.

* * *

James Robinson era un rentista; Peter Council, un pequeño banquero; la señorita Pola Loos, una solterona que se pasaba la vida preocupándose de su abundante prole gatuna, y Robert Morton era un soldado, destinado a los Servicios Auxiliares por haber padecido una afección pulmonar.

Todos ellos eran ciudadanos de Washington.

Aquella mañana, cuando un enviado especial los visitó, se sorprendieron de igual o parecida manera.

James Robinson estaba empezando a regar sus flores, en el hermoso jardín de su casa, cuando miró al desconocido que acababa de detenerse, después de mirar el número de la casa, ante la puertecilla de madera de la verja.

—¿Es usted James Robinson? — inquirió el desconocido, cuando vio al hombre.

—Sí, yo soy. ¿Qué desea?

El otro sacó una tarjeta que enseñó al rentista.

—Soy empleado del Departamento de Estado, señor Robinson. Traigo una convocatoria para usted.

—Pase, por favor. Estaremos mejor dentro.

* * *

Peter Council, el banquero, estaba firmando su correspondencia

cuando uno de sus empleados se le acercó:

—Hay un agente del Departamento de Estado que pregunta por usted, señor.

Council frunció el entrecejo.

—¿Uno del Departamento de Estado? — y después de una pausa —. Dígale que pase.

El desconocido le enseñó sus credenciales, tomando asiento a la invitación que le hizo el banquero.

—¿De qué se trata? — inquirió éste.

—Debe ir al Japón, señor Council.

—¿Al Japón?

—Sí. Forma usted parte de un grupo de cuatro testigos que han de determinar, con unos cuantos médicos, los «marines», que deben o no ser repatriados de Corea.

—¿Es... obligatorio?

—Simplemente voluntario, señor; pero el Departamento de Estado tendrá en cuenta su buena voluntad al aceptar...

* * *

Pola Loos daba de comer a sus gatitos.

Se levantó, un tanto contrariada por tener que interrumpir una de las cosas que más le agradaba hacer; pero cuando el desconocido que se presentó ante ella, después de mostrarle sus credenciales, se inclinó, acariciando a «Minette», su más bello ejemplar, Pola olvidó todas las molestias y se dispuso a escuchar atentamente a aquel amable señor.

—¿Ir al Japón? — se aterró—. Pero... ¿quién cuidará de mis gatos?

El hombre la habló del honor que significaba para ella el ser requerida por el organismo que más autoridad tenía en el país. Delante de los ojos entornados de Pola Loos y sobre el rostro del agente del Departamento de Estado, desfilaron los valientes «marines» que la miraban con un cariñoso reproche.

Sonrió.

—Creo que podrá arreglarse, señor. Tengo una buena amiga que estará encantada de venir a vivir aquí hasta que yo vuelva... Ella se ocupará de los gatitos...

Y acariciando al que tenía en los brazos:

—¿Verdad, «Minette», que seréis todos muy buenos? ¿Y que no olvidaréis a vuestra mamaíta?

* * *

Encontrar al soldado Robert Morton fue mucho más sencillo. También la entrevista tuvo menos dificultades que habían tenido las demás.

El representante del gobierno se limitó a hacerse acompañar por el capitán de su compañía y éste ordenó a Morton que se preparase para marchar, doce horas después, al Japón, donde estaría unas semanas en cumplimiento de una importante misión.

Robert se limitó a decir que estaba bien, cuadrándose ante su capitán y el que le acompañaba; pero, por la noche, cuando estuvo junto a Alleine, su prometida, pasó un mal rato para convencerla de que la guerra se había acabado y de que su misión estaba completamente alejada de todo peligro.

## CAPÍTULO II

AL otro lado de las trincheras, sobre las posiciones enemigas, la bandera blanca ondeaba, llena de promesas de paz. También aquí, a este lado, otra bandera similar parecía saludar a aquélla del adversario.

Pero el sargento Pryor seguía vigilando, repasando el material bélico de sus hombres — de los pocos que le quedaban —, pendiente del estado del armamento, de los depósitos de municiones, como si la guerra fuese a empezar, inesperadamente, de un momento a otro.

Así entendía Joe Pryor su deber.

Era un hombre alto, de rostro agradable, anchas espaldas y constitución hercúlea. Pero toda la grandeza de su corpachón estaba empapada del sentido del deber, ante el que rendía una pleitesía muchas veces exagerada.

De todas maneras, su comportamiento en aquella corta pero horrible guerra atómica había sido ejemplar. Y buen testimonio eran las tres medallas que pendían de su uniforme.

Fuera de las trincheras, no quedaban vestigios de civilización por parte alguna, salvo en los campamentos militares. Las ciudades y pueblos habían sido completamente destruidos y sus habitantes vagaban, en un éxodo impresionante, por todas partes, olvidados de todos, sin apenas conciencia de su existencia, muchos de ellos ciegos o quemados por las radiaciones de las bombas y proyectiles nucleares.

—Sargento.

Era Curtis, uno de sus hombres, que regresaba de la base del batallón, adonde Joe le había enviado, como todas las mañanas, a por las provisiones del día, ya que desde que se había dado la orden de «alto el fuego» podían permitirse el lujo de comer caliente.

—¿Qué hay muchacho?

—El comandante viene hacia aquí.

—¿Pasa algo?

Debía de haberse dado cuenta de la expresión de dicha que irradiaba del rostro del soldado, pero Joe estaba profundamente preocupado por una modificación que pensaba hacer en la trinchera y no se percató de nada.

—¿No lo adivina, sargento?

—No.

—¡Nos desmovilizan! ¡Vienen a por nosotros!

—¿Te has vuelto loco, Curtis?

—Es posible, señor; pero será solamente de alegría.

Joe tuvo que rendirse ante la evidencia.

—Está bien. Diré a los muchachos que se preparen.

—Vienen con camiones para llevarnos fuera de Corea... ¡Vamos a volver a los Estados Unidos!

Y viendo que el rostro del sargento no expresaba nada.

—¿No se alegra usted, señor? — añadió, extrañado.

—Sí, me alegro, Curtis — miró hacia las trincheras enemigas—, pero hubiese querido haber aplastado a esos perros, vengar la muerte de todos los nuestros que se quedarán aquí y no serán desmovilizados jamás.

—Ya no podemos hacer nada por ellos, sargento.

—Desgraciadamente, ya lo sé... Francamente, no entiendo estas guerras de ahora.

—¡Nadie las entiende!

—Una guerra, cuando se declara — dijo Joe, como si hablase consigo mismo—, debe llevarse hasta el fin, hasta haber aniquilado o haber sido aniquilado. ¿De qué ha servido toda esta matanza?

—No debe mostrarse pesimista, señor; sobre todo en estos momentos.

Una triste sonrisa se esbozó en los labios del sargento.

—Creo que tienes razón, muchacho. Yo también ardo en deseos de regresar a la patria.

Y empezaron a andar hacia el refugio donde estaba la mayoría de los hombres.

—Usted es de Nueva York, ¿verdad, señor?

—Sí.

—Yo nunca he estado allí.

—¿De dónde eres?

—De San Francisco.

—¡Bella ciudad!

—¿La conoce?

Joe sonrió.

—Mi profesión me hizo recorrer los Estados Unidos en todos los sentidos. Ahora, cuando lo pienso, me dan ganas de reír.

—¿Qué hacía usted antes de la guerra, señor?

—Era viajante. Agente de ventas de una gran casa de aparatos de televisión.

—Una profesión muy interesante.

—Instructiva, sobre todo. Viaja uno y conoce el país en todas direcciones.

—¿Volverá a hacer lo mismo?

—¡Ca! Lo he pensado mucho y quiero poner una tienda, pequeñita, donde repararé aparatos. Mientras viajaba, aprendí técnica electrónica… ¡Se acabaron los viajes, Curtis! Esta guerra me ha hecho conocer mucho mundo y he llegado a la conclusión de que lo que yo había visto en el cine era mil veces más hermoso que lo que he visto en la realidad, aunque aquello fuera ficticio.

Habían llegado al refugio. Una vez dentro, Joe explicó a los otros la buena noticia que Curtis había traído.

Una explosión de alegría estalló entre aquellos hombres.

Bailaban, gritaban, se abrazaban. Y Joe hubo de ponerse serio para que preparasen sus cosas, para que el comandante encontrase todo arreglado y dispuesto para la marcha.

* * *

Concentraron a los cuatro mil americanos que habían quedado en una amplia explanada, en los alrededores de Fusán. Los barcos estaban ya preparados, pero el general había recibido instrucciones secretas de Washington y debía hablar a sus hombres.

En la Segunda Guerra de Corea, sólo los Estados Unidos intervinieron al lado de los surcoreanos, ya que el resto de los países se abstuvieron de participar en ella, y, por otra parte, la ONU había tenido la misma suerte que la Sociedad de Naciones, siendo relegada al olvido.

Cuando el general subió a la tribuna y vio la expresión alegre de sus hombres, experimentó una sensación de angustia, ya que comprendía perfectamente los deseos de aquellos muchachos, e iba a ser él quien los truncase, cuando apenas acababan de nacer.

—¡Soldados! — empezó a decir—, antes que nada deseo haceros patente mi agradecimiento por todo lo que habéis hecho en esta corta pero dura campaña de Corea. Todos vosotros, desde el primero al último, habéis dejado una emocionante huella de heroísmo en esta tierra… que otros han regado generosamente con su sangre.

»Es muy difícil lo que voy a deciros. Yo mismo, cuando he leído el mensaje recibido de Washington, he debido, lo confieso, releerlo hasta la saciedad para llegar a entenderlo; pero las primeras palabras de ese mensaje, voy a leéroslas porque os atañen personal y colectivamente.

»Me complazco en enviar a las unidades americanas en Corea el emocionado y personal agradecimiento de nuestro Presidente, que se siente orgulloso de los que, de una manera ejemplar, han luchado por defender la causa de la libertad.

»Eso es lo que dice el Presidente, muchachos.

»El resto, lo que sigue, son palabras que ha pronunciado la Ciencia y que debemos obedecer.

—Yo no voy a entrar aquí — prosiguió diciendo— en explicaciones técnicas, porque soy el primero en no entenderlas. Así, vayamos al grano: Según parece, algunos de nosotros hemos podido ser afectados por las radiaciones de las explosiones atómicas, a pesar de todas las precauciones tomadas. Los doctores dicen que eso es muy peligroso, no para el que ha recibido las radiaciones, sino para los demás…

»Tal situación nos impone una especie de cuarentena. Y todos nosotros deberemos ir al Japón, donde un grupo de doctores, llegados especialmente de los Estados Unidos, nos reconocerán, uno por uno.

»Aquellos que se encuentren perfectamente serán enviados inmediatamente a sus casas. Los que sean sospechosos de haber recibido una excesiva dosis de radiactividad… tendrán que esperar a estar completamente curados.

»Yo no creo que haya que dramatizar por todo esto. Si hubiésemos contraído cualquier enfermedad infecciosa, tifus, por ejemplo, nos pasaría igual. Espero que hayamos tenido la suerte de salir indemnes de esas radiaciones y que muy pronto nos encontremos todos en casa.

»Por el momento, obedeceremos, demostrando que, igual en la guerra que en la paz, seguimos siendo los mismos disciplinados soldados… ¡Nada más, muchachos, y muchas gracias!

Hubo quien ovacionó al general; pero la mayoría permaneció silenciosa y no despegó los labios hasta estar instalados en los barcos que zarparon poco después, rumbo a la isla de Yeso.

Luego estallaron los comentarios.

Se preguntaban lo que quería decir todo aquello y la clase de enfermedad o enfermedades que podía producir la radiactividad. Pero nadie sabía gran cosa y, finalmente, se cansaron de especular sobre el tema, esperando pacientemente los acontecimientos.

Como es lógico, la alegría se había disuelto como un terrón de azúcar en una taza de café hirviendo. Los rostros no expresaban ya el gozo de volver a casa y muchos se miraban unos a otros, como si buscasen las huellas de aquella enfermedad que el general les había hecho entrever.

* * *

Joe no hablaba con nadie.

Taciturno, encerrado en sí mismo, solía pasearse junto a las alambradas del campo donde habían sido confinados. Moviéndose junto a la alambrada, miraba, sin verlos, a los soldados japoneses que habían sido requeridos por las autoridades americanas, temiendo que los centinelas estadounidenses sufriesen con aquel confinamiento de sus compañeros.

Joe pensaba en sus cosas.

Había ahorrado hasta el último centavo de su cuantiosa paga en Corea y poseía una suma coquetona, de cerca de ochenta mil dólares, incluidas las gratificaciones especiales y los premios que le dieron por sus medallas.

Con aquel dinero podría realizar lo que había soñado en los últimos ocho años: instalarse como técnico de televisión, montar un hermoso taller y vivir, en espera de encontrar una mujer que se decidiese a formar un hogar a su lado.

«¿Es pedir demasiado? — se preguntaba, a veces—. He hecho la guerra, he cumplido con mi deber… ¡y ahora me encierran como un prisionero; peor que eso: como un apestado!»

Pasaba por momentos de negro pesimismo y otras veces, dominándose, se decía que todo iba a arreglarse y que aquello no era más que un mal rato que terminaría pronto.

Les comunicaron, pocos días después, la llegada de los doctores y de un grupo de «jurados» que debían asistir, como testigos civiles, a la selección de los médicos.

El gobierno deseaba que el país estuviese representado por unos cuantos ciudadanos que pudiesen explicar, una vez de regreso a los Estados Unidos, lo que se había hecho en el Campo de Mutantes, probables, y justificasen plenamente lo que el Estado había ordenado.

Y empezó el desfile de hombres por el laboratorio de reconocimiento establecido junto al campo.

Weaver y Chace, los ayudantes que el profesor Warren había enviado, trabajaron como locos, auxiliados por un grupo de médicos japoneses que se habían especializado en la Genética atómica, como así se llamaba la especialidad surgida de las tristes experiencias históricas de Nagasaki e Hiroshima.

El grupo de ciudadanos enviados por el Departamento de Estado no estaba presente, naturalmente, en los reconocimientos, presentándose en la última sesión, cuando se hacía pública la decisión de la ciencia.

Los médicos se servían de modernísimos procedimientos de

investigación. Aparatos de Rayos X, a los que se habían acoplado delicados contadores Geiger, capaces de percibir la existencia de partículas radiactivas, amplificadores histológicos que examinaban, en cómodas e indoloras biopsias, trozos de los tejidos orgánicos en los que la radiactividad parecía fijarse con una especial preferencia.

En contra de lo que pensaban los optimistas de siempre, los médicos hallaron un pavoroso porcentaje de posibles mutantes, viéndose obligados a retener a más del noventa por ciento de los soldados.

Aquello constituía un indudable triunfo para el profesor Warren.

El sexto día de estancia allí, Joe pasó por la sala de reconocimiento. Sin la menor protesta, disciplinado como siempre, dejó que le hiciesen todas las operaciones, sin despegar los labios.

Cuando terminaron, el doctor Chace le dijo:

—Espere en esa salita de al lado, sargento. Le llamarán pronto.

—Bien.

En efecto, poco después un soldado, afectado a los servicios del Campo, le guió hasta la sala donde se reunía el tribunal mixto, formado por los dos médicos y el jurado civil que había llegado de América.

—¿Nombre? — preguntó el doctor Weaver.

—Joe Pryor, sargento de Infantería de Marina de los Estados Unidos.

Chace buscaba la ficha del sargento. Al encontrarla frunció el ceño y dirigiéndose a «la parte civil».

—Afectado en grado tercero — dijo, con voz solemne—. Lesiones incipientes muy repartidas y seguras en gónadas.

Los miembros civiles habían recibido unas pequeñas conferencias para habituarlos al lenguaje médico, que ya entendían perfectamente. Por ejemplo: lesiones en gónadas significaban que la herencia del paciente podía ser, casi seguramente, monstruosa.

James Robinson, el tranquilo rentista de Washington, que aquel día era presidente de «la parte civil», se levantó y, con voz engolada dijo:

—Sargento Pryor: acaba usted de oír las manifestaciones del doctor Chace. Según la ciencia, usted ha sido afectado intensamente por las radiaciones de las bombas atómicas.

—¿Y qué culpa tengo yo?

Era la primera vez que alguien hacía cara al tribunal.

— Nosotros tampoco somos culpables, sargento— dijo, dulcemente, Robinson.

—¿Dónde estaba usted durante esta guerra, señor Robinson? — inquirió el sargento, con un rictus amargo en los labios.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que estaría usted cómodamente en su casa, leyendo los comunicados de las batallas. Como buen patriota, le interesarían nuestras victorias... pero ¿pensó alguna vez en que íbamos a ser condenados por la estupidez de los que desencadenaron la contienda?

—Yo...

—Usted regresará tranquilamente a los Estados Unidos y yo, como otros muchos, me pudriré en este campo, ya que debe usted saber que esas lesiones no desaparecen jamás. ¿Quién, Cielo santo, nos ha convertido en tarados, en leprosos de la época moderna?

Intervino la señorita Loos.

—Le comprendemos perfectamente, sargento. Y somos los primeros en lamentar todo esto; pero ¿ha pensado en el mal que puede producir a sus conciudadanos si le dejásemos regresar?

Joe la miró fijamente.

—¿Tiene usted algún hijo en el campo, señora?

Pola Loos se ruborizó.

—No tengo hijos — repuso, con voz opaca.

—¿Y si los tuviese? — atacó el sargento—. ¿Y si tuviese usted uno aquí, con lesiones, condenado a morir en este campo?

Se miraron los unos a los otros.

—Durante toda la vida — reanudó Joe, gritando casi—, los heridos y mutilados de todas las guerras fueron recibidos con los brazos abiertos por la gente, agradecida al sacrificio que habían hecho por los que quedaron en la retaguardia... Ahora es distinto... ¡He aquí el pago que nos da «la Patria agradecida y orgullosa de sus hijos»! ¡Un Campo de Mutantes! ¡Una prisión con barrotes dorados!

—Son órdenes del gobierno — se atrevió a decir Robinson, que se encontraba francamente molesto.

—Ya lo sé; pero ustedes, en vez de exigir algo en nuestro favor, de haber estudiado la manera de ahorrarnos este calvario... ¡se han limitado a obedecer, estúpidamente orgullosos de la sucia misión que les encomendaban!

—¡Ninguno de sus compañeros — clamó el doctor Weaver — ha protestado!

Joe se encogió de hombros.

Dijo:

—Porque no han reflexionado en lo que les espera, porque se han dejado engañar por las promesas de curación que ustedes les han dado... ¡Infelices! Cuando vean pasar las semanas, los meses, los años, sin ninguna esperanza de salida, verá cómo piensan igual que yo.

Peter Council, el banquero, se levantó, dispuesto a terminar con aquella desagradable discusión:

—Sargento: nosotros no somos aquí más que representantes del Departamento de Estado. Obedecemos y usted debe hacerlo también; es decir, más que nosotros, ya que es un militar… Si no está de acuerdo con nuestras decisiones, puede elevar una protesta.

—Eso es — prosiguió Robert Morton, que iba de uniforme—. Que haga una protesta concreta, en regla.

Los ojos de Joe, al posarse sobre Robert, lanzaban chispas.

Gritó:

—¡Tú eres el que menos debes hablar, emboscado! ¿Se está bien en los Estados Unidos mientras los idiotas, como nosotros, se rompen la cabeza en Corea, ¿eh?

—¡Se ha terminado! — gritó el doctor Weaver secamente—. Haga el favor de retirarse, sargento Pryor.

—Está bien — dijo éste, mascando las palabras—… está bien; pero ninguno de ustedes se alegrará de haberme conocido.

## CAPÍTULO III

EL coche que se detuvo ante la casa de James Robinson era un potente «Delage», último modelo. No era raro, por otra parte, ver gran número de coches europeos en los Estados Unidos, ya que hacía muy poco que se había firmado un convenio con la industria automovilística mundial, puesto que América del Norte se había dedicado a la fabricación de tanques, durante la corta pero sangrienta guerra de Corea, deteniendo circunstancialmente su fabricación de vehículos.

El hombre que descendió del vehículo que acababa de detenerse ante la casa de Robinson, era joven, con gafas negras y un bigote que era como un enérgico trazo negro sobre el labio superior. Llevaba una enorme cartera en la mano izquierda y se detuvo, comprobando el número del hotelito, antes de pulsar el botón del timbre que había junto a la puerta de madera que daba al jardín.

Una mujer, que llevaba un delantal de plástico, apareció en el porche de la casa, miró al desconocido y a su coche, bajando después las pocas escaleras de piedra que la separaban del jardín y avanzando hacia la puerta de éste.

El visitante se quitó galantemente el sombrero.

—¡Buenos días, señora!

—¡Buenos días! ¿Qué desea?

—Quería hablar con míster Robinson. Vive aquí, ¿verdad?

—Sí. Está levantándose en estos momentos.

—¿Está enfermo?

—No — sonrió ella—, pero anoche salimos al teatro, y James está acostumbrado a dormir muchas horas.

—¡Ah!

—¿Es algún asunto particular, señor...?

—Me llamo Templer, señora Robinson. Y represento a una inmobiliaria rural de las más importantes. Nuestras condiciones son tan magníficas que no he encontrado a nadie que me dijese que no.

Claro — agregó, con tono sumamente diferente — que no nos dirigimos más que a personas con plena garantía económica, personas de una solvencia y moralidad intachables.

Ella se ruborizó un poco, halagada por las palabras del joven.

—Pase usted, míster Templer… James no tardará en bajar. Mientras, si me lo permite, le ofreceré una taza de café.

—Encantado, señora; aunque, verdaderamente, no quisiera causarle la más mínima molestia.

—No se preocupe. Mi esposo y yo recibimos tan pocas visitas que se agradece, sinceramente, la presencia de un ser humano en nuestra casa — su rostro se ensombreció un poco—. ¡Como no hemos tenido hijos!

Le precedía, después de haber cerrado la puerta del jardín.

Una vez en el «living», ella le ofreció un asiento, cerca del aparato de televisión, que él miró con interés.

—Es un «Electronic», ¿verdad? — inquirió.

—Sí. No crea que nos hubiésemos permitido comprar algo tan caro a no ser por las circunstancias. Mi esposo formó parte de la Delegación Civil que fue a Japón, inmediatamente después de la Guerra de Corea.

—¡Ah!

—Nos dieron cien mil dólares, en concepto de indemnización, y James compró este aparato.

—¡Buena compra! Es el único modelo que logra una perfecta sensación de relieve.

—¿También tiene usted uno?

Él se sonrojó.

—¡Oh, no! ¡Es demasiado caro para mí! Pero los he visto funcionar, en los escaparates de las tiendas y me maravilló la pureza de sus imágenes.

—Voy a prepararle el café, míster Templer. Si lo desea, puede ponerlo en marcha. Así le será más corto el tiempo de esperar.

Ella salió de la estancia y el joven encendió el soberbio aparato, que contemplaba con arrobamiento.

¡Un «Electronic»!

La pantalla emitió las líneas de control, apareciendo después un escenario donde se estaba representando una obra clásica.

La sensación de relieve, además de un perfecto color, era tan real que la pantalla parecía una ventana por la que se estuviese asomado sobre el teatro.

El joven se ensimismó en la contemplación del espectáculo, interesándole más los detalles de su perfección que lo que los actores y actrices iban diciendo.

Una tos, detrás de él, le previno de que alguien acababa de entrar

en el «living». Rápidamente, sin sobresalto, apagó la televisión, volviéndose, sonriente.

—¿Míster Robinson? — inquirió, levantándose y tendiendo la mano, que el otro estrechó cordialmente.

—Sí.

—Soy Templer. Su esposa me había dado permiso para contemplar esta maravilla. — Hizo un gesto hacia el lujoso mueble.

—Siéntese, por favor. Y no crea que mi mujer me recibió con bandera y música cuando le traje el aparato. Laura, como todas las mujeres, tiene una idea muy comedida de los gastos.

Dijo:

—Ahora parece contenta de tenerlo.

—¡Naturalmente! Además, una pareja como nosotros, completamente solos, ¿qué más compañía precisa? Nos pasamos las tardes ante el aparato, disfrutando un poco... Menos anoche que Laura se empeñó en ir a ver un programa que, por desgracia, no televisaban.

—Es un aparato magnífico.

Laura entró, en aquel momento, empujando el carrito con el desayuno.

—¡Ah, ya estás aquí! No me equivoqué al pensar que te encontraría... por eso te traigo lo tuyo.

Tomaron café, los tres, amistosamente; luego, cuando la mujer hubo retirado el servicio, James ofreció un habano al visitante y arrellanándose en su sillón.

—Usted dirá, amigo Templer.

—Ya he dicho a su esposa que represento a una inmobiliaria. Como usted sabe, esta zona, donde usted vive, ahora está siendo afectada por el ensanche de la ciudad. Washington empieza a extenderse por esta parte y no tardará usted en verse rodeado de altos edificios por todas partes.

—Ya he oído hablar de eso, aunque siempre confié en que tardasen más en decidirse.

—No lo crea. Confidencialmente, puedo informarle que para primeros de año empezarán los trabajos de los técnicos y se iniciarán las primeras distribuciones de terrenos.

—Es una lástima. Cuando compramos esta casita, estábamos convencidos de que siempre gozaríamos de luz y sol. Pero si empiezan a levantar casas en los alrededores, viviremos prácticamente encajonados.

—Por eso he venido a verle. Nosotros garantizamos, durante cincuenta años, una zona en la que no se permitirá más que la construcción de pequeñas villas, con tres pisos como máximo. Los lotes son verdaderamente magníficos y el más pequeño es seis veces

como el que usted posee actualmente.

—Será carísimo.

—En absoluto. No le costará más que una ridiculez, ya que nosotros, al comprarle su hotelito y otros de esta zona, los venderemos a los nuevos constructores con ciertas ventajas.

James dijo:

—Comprendo.

—Yo desearía que usted, señor Robinson, tuviese la amabilidad de acompañarme para echar una ojeada a esos terrenos, muchos de ellos ya con su bosque acotado… ¡una verdadera delicia! No encontrará, en todo el Estado Federal, un rincón más sano que el que va usted a ver.

—¿Está muy lejos?

—Once millas del centro.

—No es mucho.

—Ya le digo que le encantará.

James sonrió y se levantó. Luego dijo a su visitante:

—Un momento, el tiempo de coger el abrigo y decir adiós a mi esposa… ¡Me ha convencido usted, joven! Nos quedan pocos años de vida y deseamos, tanto Laura como yo, pasarlos tranquilamente.

—Es una ocasión única.

Robinson tardó un poco, ya que quizás estaba explicando a su esposa los detalles de la conversación que acababa de sostener con Templer. Este, durante la ausencia del dueño de la casa, se ensimismó en la contemplación del «Electronic».

—¿Vamos?

Salieron, montando en el vehículo, que se alejó raudo hacia las afueras de la ciudad.

—¡Buen coche! — dijo Robinson.

El otro sonrió.

—Es uno de los modelos de propulsión atómica que más resultado han dado.

—¿Es suyo?

—¡Oh, no! La casa nos lo proporciona a cada uno de sus agentes… ¡No puedo permitirme estos lujos, míster Robinson!

—Todo vendrá. Es usted joven y posee un espíritu de lucha que me agrada mucho… ¡Se abrirá camino, amigo Templer! Aunque estoy casi seguro que, por la forma como lo miraba, pensaría usted y dudaría entre un coche como éste y un «Electronic» como el que hay en casa.

—Casi seguro que me decidiría por el aparato de televisión.

Penetraban, en aquellos momentos, por una zona de bosque, ya acotada, con muchos árboles aún jóvenes, no restando, sin embargo, nada del encanto positivo del conjunto.

—¿Le gusta?

—Es muy bonito, sólo que...

—¿Algún defecto?

—Un poco solitario.

—Naturalmente. Ahora está completamente vacío; pero, dentro de un par de semanas, mil obreros construirán las seiscientas casas que tenemos ya comprometidas.

—¡Eso es diferente! ¿Dónde estará la mía?

—Estamos llegando.

En efecto, el coche se detuvo junto a un grupo de pinos de cierta altura, al lado de una zona ciertamente pintoresca.

—¿Le agrada este sitio?

Robinson bajó del coche y recorrió unos pasos.

—¡Esto es un sanatorio!

—Me alegro que le guste. Lo había buscado especialmente para usted.

Había algo en las palabras de Templer que hizo que James se volviese, extrañado, hacia él.

—¡Oh! — exclamó.

Porque Templer empuñaba una pistola con la que apuntaba al pecho del viejo rentista.

—¿Qué clase de broma pesada es ésta? — inquirió James.

—No es ninguna broma, Robinson... — la voz del joven se había vuelto agria y seca—. Han pasado cuatro años, pero ni tú ni yo hemos olvidado.

—¿Olvidado el qué?

—La última vez que nos vimos fue en Japón, en el Campo de Mutantes. Tú estabas con los otros, detrás de aquella mesa, y yo ocupaba el sitio de los acusados, de los que, en nombre de no sé qué leyes inventadas por vosotros, fueron condenados a morir entre aquellas alambradas después de haber luchado por vuestra bandera.

—No comprendo...

—Lo comprenderás en seguida... Yo os advertí que estabais cometiendo una enormidad, un crimen sin nombre... Y os previne que os costaría caro todo aquello.

—¿Quién es usted?

—¿Yo? ¿Has olvidado mi nombre tan pronto? ¡Soy el sargento Pryor! ¿Me recuerdas ahora?

El otro había palidecido y sus manos temblaban.

—¡Joe Pryor!

—El mismo.

—¿Cómo... logró escapar?

—Eso no importa ahora... He venido a vengarme, Robinson, y tú eres el primero de los siete que han de caer, que han de pagar el

delito que cometieron con nosotros.

—¡Usted se ha vuelto loco!

—Es posible que lo sea, pero ahora tengo las riendas en la mano...

Robinson retrocedió, asustado.

—¿Va a... matarme?

Joe rió, entre dientes.

—¿Matarte? ¡No, amigo mío! Aunque estoy seguro de que preferirías la muerte... mil veces la muerte...

Avanzó, apuntándole con la pistola, hasta que Robinson, que retrocedía aterrado, chocó contra un árbol, deteniéndose, con los ojos desorbitados.

—No... ¡No! — suplicó, con voz ronca, agregando después—. Si lo que desea es dinero...

—¡No lo quiero! Tengo aún suficiente, aunque no puedo realizar lo que deseaba. Cuando necesité más, lo buscaré... ¡No te preocupes!

Y después de una pausa:

—¡No te muevas!

Sacó un ovillo de plástico del bolsillo y guardándose la pistola, ató fuertemente al hombre al tronco del árbol. Después, sonriendo:

—¡Ya está!

Retrocedió hasta estar junto al auto, del que sacó la pesada cartera que llevaba cuando llegó a la casa de Robinson. La abrió y sacó una venda y dos cajitas minúsculas, así como un paquete de algodón, acercándose nuevamente a su prisionero.

—¿Qué va usted a hacer?

Joe sonreía.

—Nada de particular, Robinson... Pasé demasiado tiempo en Corea para no haber guardado unos recuerdos...

Colocó una capa de algodón doble, entre la que situó las dos cajitas, destapándolas con rapidez; después, sin perder tiempo, hizo una especie de vendaje sobre el rostro de Robinson, que intentaba vanamente impedirlo.

Cada caja reposaba, a través del algodón, sobre un ojo del desgraciado, que empezó a gritar, sin comprender los manejos del otro. Éste le vendó la cabeza, pasando la venda por el árbol, de manera a inmovilizar completamente a James.

—Puedes gritar lo que quieras, perro. Nadie te oirá.

—Pero... ¿qué intenta hacer conmigo?

—Muy poca cosa. Esas cajitas contienen restos de uranio... Sólo necesitarán dos días para obrar... y entonces te habrán quemado los ojos...

¿Has olvidado los soldados ciegos que condenaste a quedarse en el Campo de Mutantes? Ellos también habían tenido una vista hermosa, pero tú y los otros no pensasteis más que en cumplir las

instrucciones que os habían dado...

—¡Perdón! ¡Perdón! —gimió Robinson.

Por toda respuesta, Joe lanzó una carcajada y corrió hacia el coche, poniéndolo en marcha y desapareciendo poco después.

* * *

—Siéntese, señora, por favor.

Laura Robinson, visiblemente agitada, se dejó caer en la silla que había frente al despacho del policía. Poco después, incapaz de soportar la tensión nerviosa, empezó a sollozar.

—Cálmese, señora Robinson. ¿Tiene usted la amabilidad de ir contestando a mis preguntas?

—Sí..., señor.

—Veamos. Según lo que acaba usted de decirnos, su esposo salió esta mañana, alrededor de las nueve y media, en compañía de un agente de venta de terrenos... ¿Cómo dijo llamarse ese hombre?

—Templer.

—¿Despertó sus sospechas de alguna manera?

—No. Era un joven encantador, amable y simpático. Le ofrecí una taza de café y salió con James, como dos excelentes amigos.

—¿No dijo nada o hizo alguna cosa especial?

—No.

—¿Sabe usted dónde están situados los terrenos que se proponía vender a su esposo?

—No. James me dijo que creía que iba a hacer un excelente cambio. Eso, fue todo.

—¿Tenía su esposo algún enemigo particular?

—¡Oh, no! James lleva una vida tranquila y es incapaz de hacer mal a nadie.

—¿Conoce usted bien a todos sus amigos?

—Sus amigos son los míos, señor comisario... Cuatro o cinco familias de rentistas como nosotros con los que, no con mucha frecuencia, solemos reunimos.

—¿No cree usted que alguno de ellos tuviese un motivo...?

—¡Dios mío! ¡De ninguna manera!

—Está bien, señora Robinson. Haremos lo posi...

El teléfono le interrumpió.

—¿Diga?

El color de su piel fue cambiando a medida que escuchaba.

—¿Dónde?... Foller Wall... sí, ya sé... Muchas gracias... ¿Su nombre, por favor?

Un «clic» seco fue toda la respuesta que obtuvo.

—¿Es algo que concierne a James? — inquirió ella.

—No — mintió el inspector, haciendo un verdadero esfuerzo por dominarse.

Y levantándose, se acercó a la atribulada dama:

—Vuelva a su casa, señora. Le prometo que antes de dos horas tendremos noticias que comunicarle.

Se dirigió a uno de los agentes.

—Acompañe, en uno de nuestros coches, a la señora Robinson, Fred.

## CAPITULO IV

CON su paciencia habitual, San McMurray encendió un cigarrillo y esperó a que su jefe «M. M.», como corrientemente se conocía al inspector Marwin Marker, terminase de beber el alcalino que parecía hervir en su vaso.

Marker sufría del estómago; pero, al contrario que la mayoría de estos enfermos, su carácter no parecía haber sido alterado por la dolencia, que no le causaba más que molestias intensas en ciertos momentos del día.

Cuando hubo terminado de beber, el inspector, preocupado, se pasó la lengua por los húmedos labios:

—Ya está — dijo, como si hablase consigo mismo.

Después, mirando a McMurray, dijo:

—Tenemos trabajo.

—Lo supongo, cuando me ha llamado... será por algo.

Marker señaló una carpeta.

—Es un asunto oscuro, raro, sobre el que he reunido una documentación bastante detallada, antes de consultarte...

—¿Por qué no llama a las cosas por su nombre, patrón?

—¿Qué quieres decir?

—Que, en vez de «consultarte», como ha dicho antes, debía haber puesto «encargarte»... ¿No es mejor así?

—De acuerdo. La cosa, al parecer, se inició al final de la guerra de Corea. ¿Recuerdas el Campo de Mutantes?

—Perfectamente.

—Ya sabes que, dos años después, un terremoto asoló aquella región, matando a la mayoría de los desgraciados que estaban confinados allí y permitiendo que algunos escapasen...

—...que luego fueron hallados — concluyó Dan.

—En parte. El asunto que nos ocupa demuestra que uno de ellos logró escapar y entrar en los Estados Unidos.

—Bien.

—Este mutante debía tener ideas propias y ahora desea vengarse de los que, según él, fueron los culpables de su confinamiento.

—¡Arrea!

—No, no lo tomes a broma, Dan... Este hombre parece decidido a llevar a cabo su venganza, si no se lo impedimos.

—¿Ha empezado ya?

—Sí. Y de una manera tremenda. El inspector Mac Lean, del sector Sexto, me ha comunicado todo lo que pasó. La víctima, esta vez, fue un tal James Robinson, rentista, uno de los que formaron parte de la Comisión Civil para los mutantes.

—¿Muerto?

—Peor. Ese tipo le colocó dos trozos de uranio sobre los ojos, avisando después a la policía para que fuesen a por el pobre Robinson, que estaba atado a un árbol, en las cercanías de la ciudad. Naturalmente, el hombre se ha quedado ciego.

Hubo una pausa.

McMurray parecía exclusivamente ensimismado en la contemplación de la punta ígnea de su cigarrillo, pero «M. M.» le conocía perfectamente y sabía que aquella aparente distracción era la prueba de que Dan había empezado a interesarse por el asunto.

—Y no es la ceguera lo peor... Los rayos gamma han destruido zonas cerebrales y Robinson está en el hospital, en muy mal estado y sufriendo unos dolores inconcebibles.

—¿Ha dicho algo?

—Mucho. Su agresor no intentó esconder nada. Dijo, claramente, que era Joe Pryor, un sargento de «marines», del que poseemos muchos datos: fue voluntario, consiguió sus galones en campaña, fue tres veces condecorado...

—Ya veo.

—No existiendo motivos que justifiquen el hecho, ya que Joe no se ha apropiado de nada ni accedió a recibir el dinero que Robinson estaba dispuesto a entregarle para que no le hiciese nada, no nos queda más que admitir que ese sargento se ha vuelto loco y desea vengarse...

—Va a ser un asunto desagradable.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el criminal, si así podemos llamarle, cree tener razón. Hasta ahora, todos los hechos con los que hemos tropezado han tenido esa cualidad, que nos favorece, el delincuente sabe que obra mal y que merece el castigo que la Ley le imponga. En este caso...

—No creo que todo eso tenga importancia. Lo que el Secretario de Estado, al que se ha comunicado el caso, exige, lo antes posible, es que detengamos a ese loco.

—¿Saben algo los otros?

—No, Robinson habló de «siete». Y, en realidad, los miembros de la Representación Civil en Japón fueron nada más que cuatro. Sin embargo, como te digo, Joe le dijo que acabaría con los siete.

—¿Se les va a prevenir?

—En absoluto. Sería contraproducente y no lograríamos más que asustarlos. Estableceremos una vigilancia disimulada para evitar que ese tipo siga haciendo de las suyas.

—¿Y los otros tres?

—Ignorando quiénes son, poco podremos hacer.

—¿Tenemos fotos del sargento?

—No. Todo el mundo dice que es alto, fuerte, muy fuerte; pero los demás detalles, como siempre, son contradictorios. No veo más solución que esperar, en las cercanías de los cebos (cada uno de los tres que quedan es un anzuelo) hasta que caiga. ¿Tienes alguna otra idea?

—Ninguna.

—¡Pues manos a la obra!

* * *

El cartero se detuvo ante la puerta del hotelito que habitaba la señorita Loos. Desde la otra esquina, el agente de policía encargado de vigilar las entradas y salidas de la casa, lo reconoció, ya que era una de las personas perfectamente «controladas» y sobre cuya identidad no existía la menor duda.

El cartero empujó la puertecilla de la verja atravesando el estrecho y descuidado jardín. Luego pulsó el botón del timbre, esperando pacientemente.

Pola Loos no tardó en salir.

Llevaba una de sus batas floreadas y tenía un minúsculo gatito entre los brazos.

—¡Hola, Thomas!

El cartero sonrió:

—Perdone que le haya molestado, señorita, pero traigo un paquete para usted.

—¿Un paquete? — se extrañó la solterona—. Pase, por favor.

Thomas entró en la casa, percibiendo en seguida aquel olor a gatos que llegaba hasta la puerta. Las de la habitación en que se hallaban estaban cerradas, pero los maullidos, un verdadero coro en todos los tonos, llegaban, amortiguados, hasta allí.

—Se ponen tristes en cuanto me marcho de su lado — explicó ella.

Thomas tornó a sonreír, colocando el paquete sobre la mesa.

—Tendrá que firmar aquí, señorita.

Ella cogió el bolígrafo que el cartero le daba, inquiriendo:

—¿Tendré que pagar algo?

—Nada. Viene todo pagado.

—Mejor.

Firmó y el cartero, al mismo tiempo que el paquete, que era una caja con orificios, le entregó una carta.

—¿Quién me envía esto? — inquirió ella.

—Ahí tiene el remite, señorita Loos. Un tal Samuel Spencer.

—¿Spencer?... ¡Qué raro! No recuerdo a nadie con ese nombre.

Acompañó al empleado de Correos hasta la puerta de la casa.

—Ya cerrará la del jardín, ¿verdad, Thomas?

—Sí, no se moleste.

—Gracias.

Una vez sola, Pola Loos volvió junto a la mesa, mirando sucesivamente el paquete y la carta que había sobre él; después, con una cierta aprensión, se apoderó del sobre, comprobando el nombre del remitente, y decidiéndose, finalmente a abrirlo.

«Mi querida señorita Loos:

Es seguro que usted no me recuerde. Si el día en que me vio por última vez, hace cuatro años, yo hubiese sido un gato, seguro que todavía hubiera logrado enternecer su corazón... ¡Pero era solamente un hombre!

Lo malo es que los hombres tenemos algo de gatos: guardamos los desagradables recuerdos de los que nos han hecho mal y esperamos, con las uñas en sus fundas, el momento de soltar el zarpazo.

Eso es lo que me ocurre ahora, señorita Loos.

Ha llegado el momento de arañar y no sabe usted con qué gusto lo hago. Pero ya es hora de que me presente: Soy el sargento Joe, Joe Pryor, al que ustedes condenaron, junto a otros muchos, a morir lentamente en el Campo de Mutantes del Japón.

¿Que cómo he llegado hasta aquí? No le importe. Lo verdaderamente interesante para usted es saber que, después de míster Robinson, que ya ha recibido su castigo, ahora le toca a la encantadora y humanitaria señorita Pola Loos...

¡Hay que pagar, repugnante solterona histérica!

De nada le servirá avisar a la policía. Ni todas las fuerzas de la nación en pleno podrían impedir lo que ha de ocurrirle. Aunque no tema... Ningún peligro de muerte se cierne sobre

usted. Prefiero que sufra durante todo el resto de su vida, como usted quería que sufriésemos los mutantes.

A pesar de esta cuentecita pendiente que tenemos usted y yo, nobleza obliga, le envío un ejemplar gatuno que le llamará, estoy seguro, la atención.

Ese pobre animal es, también, un «mutante». Lo recogí en Corea, pensando especialmente en usted, ya que después de salir del Japón fui directamente a ese pobre país para recoger unos «recuerdos»

¡Prepárese! ¡Le queda muy poco tiempo para seguir siendo feliz!

JOE.»

Los recuerdos se agolparon en el tímido cerebro de la mujer, cuya espalda recorrió un escalofrío.

—¡El sargento Pryor!

Recordaba perfectamente aquella mirada colérica, aquella expresión decidida, aquel ademán, cuando los señaló, con el brazo extendido...

Su primera idea fue la de telefonear a la policía, pero el miedo a que la casa se viese invadida por aquellos hombres incapaces de comprender las debilidades emocionales de una mujer, haciendo imposible la vida a sus gatitos, lo que más quería en el mundo, le hizo desfruncir el ceño y esbozar una sonrisa.

—¿Qué puede hacer ese malvado — se dijo, en voz alta — contra una mujer como yo? No dejaré entrar a nadie y miraré por la mirilla antes de abrir.

* * *

—Tengo que madrugar, Joe.

—¿Y qué? ¿No te gusta divertirte? Además, Lilian te espera y hoy vas a darle la sorpresa más grande de su vida.

Harry miró el paquete que yacía sobre su cama.

—¿Qué es, Joe?

Y después de una pausa:

—¿Por qué haces todo esto, Joe? ¿Por qué gastas tu dinero conmigo?

El otro sonrió:

—Te lo he dicho mil veces... Yo he vivido como tú, levantándome a las seis de la mañana para repartir. Frío, viento, nieve... Yo también

he soportado todas las inclemencias del tiempo. Por eso quiero ayudarte un poco. Estoy de paso, ya lo sabes, y quiero dejar un buen amigo aquí.

—¡Nunca olvidaré lo que haces!

— ¡Anda y anímate! Dentro de una hora podrás estar junto a tu novia… Te daré unos dólares para que tomes un taxi y la lleves después a bailar. No te preocupes, mañana por la mañana, último día de mi estancia en Washington, me levantaré temprano y te ayudaré a colocar las botellas en la camioneta.

—Ya me ayudaste a hacerlo otras veces, Joe. No debes molestarte.

—Me molestaré si no me dejas que lo haga…

Cuando esté lejos de aquí, mañana por la tarde, quiero estar tranquilo y saber que te he hecho un poco feliz.

—¡Un poco!

—Está bien. Yo me largo. Tú tendrás que prepararte para ir en busca de la chica… Abre el paquete, cuando me haya ido y piensa en lo que dirá Lilian cuando lo vea… Puedes decirle que ha tocado en una rifa… ¡Hasta mañana, amigo! Te espero en el depósito.

—Gracias por todo, Joe.

—De nada… ¡Diviértete, muchacho!

Joe iba a salir cuando Harry le gritó.

—¡Eh! Te olvidabas la llave del almacén… — sonrió—. ¿Cómo querías entrar?

—Tienes razón.

Joe salió, atravesando la calle y pensando en lo que diría aquella muchachita cuando viese el magnífico abrigo de pieles que Harry le llevaría.

Le llenaba de alegría el hacer la dicha de los demás. De los demás, excepto de aquellos siete que debían sufrir hasta lo indecible.

Una vez en la casita que había alquilado, abrió una maleta, sacando un frasco que acarició suavemente, como si se tratase de un objeto precioso.

Abandonó luego la casita y alquiló un coche, con el que atravesó casi toda la ciudad, dejándolo no lejos de una zona industrial en la que se adentró decididamente, demostrando que conocía perfectamente el camino.

Se detuvo ante una edificación pequeña, con un cierre metálico que abrió, penetrando y cerrando después tras él. En el interior, además de una camioneta de líneas clásicas, había estanterías donde se amontonaban cajas vacías, y en el suelo, cajas llenas de botellas de leche.

Harry recibía la leche al caer la noche y la repartía, a la mañana siguiente, por un amplio sector de la ciudad.

Un minúsculo despacho, a la derecha, ocupaba un pequeño

espacio, y Joe se sentó ante la rústica mesa, examinando la lista de los clientes que debían ser servidos el día siguiente.

Sonrió, al tropezar con un nombre:

> Señorita Loos — Irving Street 2376.
> Siete botellas tipo «A» y media tipo «H».

«A» era la leche especial para animales y «H» la corriente para humanos. En un cajón del despachó había etiquetas, con el nombre de cada cliente, y Joe se puso a trabajar activamente, como si aquél fuese su trabajo.

Terminó cerca de medianoche. Una vez hubo pegado todas las etiquetas, separó las botellas «A» de la señorita Loos, abriéndolas y vertiendo en cada una de ellas una porción calculada del contenido del frasco que llevaba en el bolsillo.

Satisfecho, volvió a cerrar las botellas, colocando toda la carga en el camión de la misma manera que había visto hacerlo cien veces al propio Harry.

Luego abandonó el local.

* * *

—¡Es maravilloso!

Lilian estaba sorprendida.

No, no podía ser posible. Aquello debía ser como un sueño, como uno de esos estupendos sueños que se deshacen, como la imagen que se refleja en la superficie de las aguas tranquilas, nada más moverlas.

Harry dijo:

—Es para ti, Lilian.

La muchacha estaba un poco preocupada.

Ella no dijo nada. Pasaba la mano sobre la fina piel del abrigo, insistiendo cada vez más, presionando cada vez más, como si desease percatarse, sin ningún género de dudas, de que aquella era una realidad.

Finalmente, cuando se lo puso, con la ayuda de Harry, lo hizo con una especie de respeto casi reverencioso, mirándose tímidamente en el espejo que le devolvía una imagen completamente distinta.

Lilian preguntó:

—¿De dónde lo has sacado, Harry?

Él bajó la cabeza.

Lilian le miró con fijeza.

—¿Joe? — preguntó ella, insistiendo.

Él asintió:

—Sí.

Miró largamente a su prometido sin comprender nada.

Habló:

—No lo entiendo, Harry. Por un lado me parece como si ese Joe fuese una especie de Papá Noel, uno de esos magos de nuestros cuentos de niños que aparecen cuando más se les necesita; pero, por otro lado, sin poderlo evitar temo que nos estemos deslizando por una peligrosa pendiente…

—No temas. Se va mañana.

Ella le miró, sorprendida.

—Parece como si lo dijeses con ansia de que se fuese.

—Así es. Ya sabes que no te oculto nada, cariño; pero yo también empezaba a tener miedo. No es normal que un desconocido nos colme de regalos y se preocupe por nuestra vida; eso no ocurre más que en las novelas.

—Yo me alegro también de que se vaya; aunque le deseo todo el bien que se merece.

Pasaron una noche deliciosa. Y cuando Harry, casi de madrugada, después de salir del «dancing» donde estuvo con la muchacha, la dejó ante la puerta de su casa, se dirigió directamente al almacén.

Joe no estaba allí.

Harry encontró todo el trabajo hecho y un sobre cerrado sobre el despacho. Lo abrió, hallándose, además de cien dólares, una nota, en estos términos:

> «He decidido salir antes, Harry. ¿Por qué? Cosas de la vida. No estoy muy seguro, pero temo molestarte con mi presencia. Muchas veces te preguntarás el motivo que me ha impelido a ayudarte como lo he hecho…
>
> No tiene importancia, te lo aseguro. Saluda a Lilian de mi parte y esfuérzate en ser todo lo feliz que puedas.
>
> Un saludo de
>
> JOE.»

## CAPÍTULO V


M.» tamborileó, nervioso, sobre la mesa de despacho; después, mirando a Dan, dijo:

—Ese tipo debe haberse horrorizado de lo que ha hecho.

—No lo creo.

—¿Entonces?

—Simplemente. Se ha dado cuenta de que le hemos puesto una serie de trampas y no quiere caer en ninguna de ellas. Cosa que, desde su punto de vista, es completamente lógico.

—Sea lo que sea, hemos impedido que prosiga su loca venganza.

—Tampoco lo creo. Escuche, Jefe: vuelvo a decirle, por enésima vez, que no se trata de un criminal vulgar, sino de un hombre que se ha convertido en una especie de justiciero y que está completamente convencido de obrar en nombre de todos los que, como él, fueron injustamente confinados en el Campo de Mutantes.

—¿No irás a darle la razón, verdad?

—No, no se la doy. Pero tampoco se la doy a quien imaginó aquello del Japón. Había muchísimas formas de arreglar el problema sin necesidad de montar aquella especie de «tribunal», cuyas decisiones eran inapelables. Ya sabe usted, señor, que la Prensa guardó silencio y que no se dejó publicar lo del terremoto que destruyó el Campo más que parcialmente.

«M. M.» suspiró:

—Sí. En eso estoy de acuerdo contigo, McMurray: fue un asunto desgraciado; pero respecto a ese tipo...

—En eso yo estoy de acuerdo con usted. Hay que impedir que haga lo que se le ha metido entre ceja y ceja.

—Lo malo es que no tenemos ningún detalle especial que nos ayude a cazarlo.

—Aún no...

—¿Qué quieres decir?

—Que no dejo de pensar en lo que dijo, cuando dejó ciego a

Robinson. Habló de siete personas de las que quería vengarse. Y por mucho que he buscado, no he encontrado a nadie… La policía y nuestros agentes vigilan estrechamente las casas de los amenazados y no hay posibilidad humana de actuar contra ellos sin ser vistos: Council, el banquero, es seguido por un coche nuestro y tenemos once agentes, entre su casa y el Banco, que no le pierden de vista ni un momento. Pola Loos está igualmente vigilada, aunque en este caso es casi inútil, ya que no sale de casa más que los domingos para ir a la iglesia, situada a dos minutos de su casa. En cuanto al joven Robert Morton, que era el caso más difícil, ya que, como es natural, salía con su joven esposa muy a menudo, hemos logrado que el jefe de la empresa militar para la que trabaja le encargue unos trabajos que le dejan tan poco tiempo que no tiene ganas de divertirse cuando vuelve a su casa.

Hizo una pausa, encendiendo un cigarrillo.

—Como verá usted — prosiguió—, es prácticamente imposible que Joe ataque a las personas de las que quiere vengarse.

—¿Y qué opinas que hará?

—No lo sé. Es inteligente y decidido. Lo que hizo con Robinson demuestra una sangre fría formidable, unida a algo que no suele hacer ningún delincuente.

—¿Qué quieres decir?

—Que hubiese sido más sencillo para él haber quitado de en medio al rentista, en vez de descubrirle su personalidad y hacerle partícipe de sus ideas. Joe no ignora que Robinson se lo contaría todo a la policía, poniéndola en guardia sobre los otros amenazados. Sin embargo, no mató a James Robinson ni cerró la boca.

—¡Es un loco!

—De acuerdo, pero un loco curioso, ya que sabe lo que se hace. Fíjese que no ha caído en nuestros cepos, a pesar de que los anzuelos contienen sus «cebos» preferidos.

—Ya dará un paso en falso y caerá.

—Eso espero, pero, la verdad, no con mucho entusiasmo.

Fue en aquel instante cuando el teléfono repiqueteó.

—¿Diga? — inquirió Marker.

Y después de una pausa:

—¡No! ¡No es posible! ¡Ahora vamos para allá!… Ha hecho bien en avisarnos.

Colgó el aparato, como si hubiese sido de plomo.

—¡Pola Loos se ha vuelto loca!

El vehículo les dejó, momentos después, ante la casa de la vieja solterona. Una ambulancia y dos coches policíacos estaban ya detenidos allí. Varios agentes contenían el grupo de curiosos que formaba ya un espeso semicírculo alrededor de la entrada.

Se abrieron paso, penetrando en la casa, que ya estaba llena de policías.

El inspector Mac Lean salió a su encuentro.

—¡Hola, Marker! ¡Hola, Dan!

Se saludaron y «M.M.» inquirió:

—¿Qué ha pasado?

—Toda la casa estaba llena de gatos muertos... ¡Un espectáculo curioso! En medio de tanto cadáver, la señorita Loos, con los ojos desorbitados, iba de uno a otro, arrodillándose ante ellos, acariciándolos, besándolos, llamándolos por sus nombres.

—¿Dónde está ella?

—En esa habitación. Han tenido que ponerle la camisa de fuerza.

—Comprendo.

Dan intervino.

—¿Cómo murieron los gatos?

—Los del laboratorio se han llevado dos, pero antes de irse han dicho que no había duda de que les habían envenenado. Alguien puso el veneno en la leche que toman todas las mañanas.

—¡Me voy, jefe!

—¿Dónde, McMurray?

—Es una idea. Pronto estaré de vuelta.

Dan no perdió el tiempo. Antes de subir al coche preguntó algunas cosas a los vecinos y salió disparado con el vehículo, deteniéndose diez minutos más tarde junto al almacén de Harry.

El joven estaba allí, poniendo un poco de orden en aquella baraúnda de botellas.

—Buenos días — saludó el agente.

—Buenos días, señor. ¿Puedo servirlo en algo?

—Creo que sí. Usted reparte la leche en Vallery... ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Una de sus clientes es la señorita Pola Loos, ¿verdad?

—Sí. Una de mis mejores clientes... ¡Con los gatos que tiene!

—Lo sé. ¿Recibe usted la leche embotellada?

—Sí. Me la sirven directamente de la «Milk Freedman».

—He visto que las botellas van con su etiqueta... ¿Quién pone las etiquetas?

—Yo, señor.

—Luego usted distribuye las botellas, ¿verdad?

—Sí. Hay dos clases de leche. Una de ellas, la «A», está especialmente destinada a los animales. Ya sabe usted que el Sindicato de Industrias Lácteas prohíbe la venta de la leche de vaca para los animales domésticos. La del tipo «A» es sintética, pero no por eso menos alimenticia.

—Comprendo. Pero lo que deseo concretar es que es usted, al

poner las etiquetas, quien especifica los lotes para cada cliente, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Cuándo coloca las etiquetas?

—Por las noches, cuando cargo la camioneta.

—¿Lo hizo usted anoche?

Dan se dio cuenta de que una palidez intensa hacía perder el color natural de las mejillas del joven.

—Yo... —empezó a decir.

—Escuche, muchacho. Es un asunto feo, ya que los gatos de la señorita Loos han sido envenenados. Alguien puso veneno en las botellas de leche «A» destinadas a los animalitos de esa dama.

—¡No es posible!... ¡No es posible! ¡Joe no me hubiese hecho eso jamás!

—¿Joe? ¿Quién es?

El otro se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—¡Yo no he dicho nada! — se defendió.

Pero Dan no era de los que se daban por vencidos al primer asalto. Y antes de diez minutos, Harry había contado todo lo que sabía.

* * *

—Me voy, jefe.

—¿Tienes alguna idea, Dan?

—Muchas; pero todavía no sé si cometeré un error. Como ve usted, hay que seguir vigilando, más estrechamente aún, a los dos que quedan en la lista conocida de Joe.

—¿Y los otros tres?

—De eso intento ocuparme; pero no me pregunte más, por favor. Me pondría usted en un aprieto, ya que no sería capaz de decirle nada concreto. Lo que debe hacerse es decir claramente al banquero y a Morton el peligro que corren. E impedir que nadie, absolutamente nadie, se acerque a ellos.

—Así lo haremos.

McMurray se levantó, aplastando el cigarrillo contra el cenicero.

—Le llamaré en cuanto sepa algo.

—Eso espero.

* * *

Sully terminó de anotar los nombres, levantando después la cabeza para echar una ojeada a los hombres que formaban una larga

hilera en la sala de recepción del Instituto de Genética de San Diego

En seguida le vio.

Iba correctamente vestido y su porte no podía ser más agradable. Sobre todo, su sonrisa poseía un encanto indudable. Ella se sintió inmediatamente atraída por aquel joven fornido, lleno de vida, no dudando que la sangre de aquel cuerpo estaba repleta de energías.

Porque todos aquellos eran donantes voluntarios de sangre.

La llegada del doctor Weaver la sacó de su ensimismamiento.

—¿Todo preparado, señorita Preston?

—Sí, doctor. Sólo falta determinar los grupos sanguíneos.

—Hágalo cuanto antes, Sully. Debemos hacer las transfusiones esta misma tarde — y después de una pausa—. He dicho a las enfermeras que preparen los biombos. No conviene que donante y receptor se conozcan. Además, el aspecto de estos últimos no es nada agradable: todos ellos están condenados a muerte, ya que padecen leucemia ([1]).

»Si logramos renovar totalmente la sangre, es posible que con el nuevo procedimiento del profesor Warren tengamos una probabilidad de salvación.

—¡Es terrible!

—Consecuencias de la guerra y del desgraciado terremoto que liberó a los mutantes. Todos estos consiguieron llegar a los Estados Unidos, siendo felizmente detenidos a poco de llegar. Nosotros habíamos forjado un plan concreto para evitar esta situación actual. ¡Los mutantes no debieron llegar jamás hasta aquí!

Ella le miró un poco asustada; pero no dijo nada.

Momentos después, cuando el doctor Weaver se había alejado, la enfermera empezó a tomar las muestras de sangre de los hombres, que desfilaron ante ella.

Con la aguja Frank en la mano, pinchaba la yema de un dedo, obteniendo unas gotas de sangre que comparaba con muestras que le servían para la clasificación de los grupos.

Estaba nerviosa.

A medida que el joven que la había llamado la atención se acercaba, su nerviosismo iba creciendo. Y cuando él estuvo a su lado, ella no se atrevió a levantar la cabeza, con la mirada fija en la mano que el joven le tendía.

—No debía molestarse — dijo él— Mi sangre es Universal.

Sorprendida, ella le miró, tropezando con aquella sonrisa que tanto le gustaba.

—¿Cómo lo sabe? ¿Ha donado sangre antes que ahora?

—Sí.

—De todas formas — insistió ella—, debo hacerlo.

—Bien.

Ella estaba tan nerviosa que la palanca de la aguja se le escapó, pinchando en un sitio de donde no podía obtener la sangre que necesitaba. —¡Perdón!

—No es nada; repítalo.

Ella le miró, avergonzada de su fallo:

—¿No le he hecho daño?

La misma sonrisa se acentuó ahora, ganando la voluntad de la joven por completo.

—No, no me ha hecho daño.

Ella volvió a pinchar, esta vez certeramente, comprobando, poco después, que la sangre de él era de tipo universal.

—¿Su nombre, por favor?

—Max Olmer.

—Tendrá que volver esta tarde…

—…y no beber alcohol, ni tomar especias. Como ve, ya me sé la lección de memoria.

—Hasta luego.

—Adiós.

Ella pasó la mañana trabajando; pero, a pesar de la intensidad de su tarea, no pudo olvidar al joven Max, sonriendo cada vez que recordaba lo que le había ocurrido al pincharle.

Después de almorzar, ayudó a colocar definitivamente los biombos mientras los enfermeros llevaban los pacientes a sus lechos.

Los donantes fueron puntuales y pudo empezarse la preparación inmediatamente.

Sully hizo sus cálculos de forma que ella tuviese que atender a Max. Así, colocándose en la tercera hilera, lo consiguió, encontrándose poco después junto al joven.

—¿Dispuesto?

—Sí.

—Por aquí.

Le condujo junto al lecho donde estaban dispuestos los aparatos. Un tubo de goma daba la vuelta al biombo. Ella lo preparó todo, ciñendo el brazalete al brazo de Max, que ya estaba en el lecho. Tras haber clavado la aguja en la vena, pasó al otro lado, tranquilizando al paciente que quedaba invisible a los ojos de Max.

—No le haré daño — dijo la muchacha.

Una voz débil llegó hasta los oídos de Max.

—No se preocupe, Sully… ¿Sabe que se parece usted extraordinariamente a la muchacha que era mi novia?

—¿Sí?

—Sí — la voz se hizo oscura, casi ronca—. Era una muchacha linda… me escribía todas las semanas y me mandó un precioso jersey al frente; pero luego pasaron muchas cosas… Fuimos recluidos en el

Campo de Mutantes. Después, cuando logré llegar hasta aquí, le escribí… me contestó su esposo. Se había casado.

—No sabe cuánto lo lamento, Sherman.

Max frunció el entrecejo y sus ojos lanzaron chispas, al tiempo que sus puños se cerraban hasta que los nudillos se le pusieron exangües, pálidos como el papel.

Pero cuando la muchacha volvió a su lado, Max había recobrado completamente su serenidad.

—¡Pobre muchacho! — se limitó a comentar.

—¿Ha oído usted lo que ha dicho?

—Sí. Es una historia corriente en estos tiempos. Se ha hecho demasiada propaganda sobre la desgracia de los mutantes. No es raro, pues, que esa muchacha haya olvidado a su prometido.

Ella se puso el índice sobre los labios.

—No debe oírnos. Además, debemos empezar.

—Cuando quiera.

La sangre empezó a subir por los tubos.

—¡Cuánto necesita ese muchacho?

—Debemos proporcionarle un litro.

—¿Por qué no un litro y medio?

Ella le miró, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Un litro… y medio?

—Sí.

—Quedará usted muy débil.

—No se preocupe.

Ella, temblando de admiración, hizo lo que él le pedía. Durante el resto de la transfusión no se dijeron nada; pero cuando la operación terminó, ella no pudo por menos de decir:

—Gracias, muchas gracias… Es usted un hombre admirable.

—No exagera…

Se puso en pie, cuando ella le quitó el brazalete de goma.

—¿No sería posible que nos viésemos otra vez, señorita…?

Ella sintió que su corazón latía impulsivamente, a un ritmo loco.

Bajó la mirada y, con un susurro, respondió:

—Salgo tarde, cerca de las nueve… He de ir a llevar muestras de la sangre de los leucémicos al laboratorio del profesor Weaver.

—La esperaré.

Cuando Max salió del Instituto de Genética estaba nervioso. Una palabra flotaba insistentemente en su cerebro y fue así como se dirigió directamente a la Biblioteca Municipal de San Diego.

Estuvo allí cerca de tres horas, saliendo después para cenar, cosa que hizo con excelente apetito, dirigiéndose más tarde hacia el Instituto de Genética en cuya puerta esperó a la muchacha.

Sully salió del edificio y los dos jóvenes empezaron a andar en los

principios de aquella noche cálida.

Él había tomado el pesado maletín que ella llevaba.

—¿Es la sangre de esos enfermos?

—Sí. Un veneno peligrosísimo.

—¿Por qué?

—Las células tumorales que hay en esa sangre serían capaces de desarrollar esa horrible enfermedad en cualquier persona.

Max sonrió.

## CAPÍTULO VI



NCOGIÉNDOSE de hombros, John Chace dijo:

—¡Todo eso es absurdo, amigo mío!

—No tanto, doctor — repuso, seriamente McMurray—. Es posible que, desde cierto punto de vista, todo lo que les he contado parezca absurdo. En efecto, la acción de Joe no tiene nada que ver con la de los delincuentes corrientes. Es algo completamente aparte. Y por eso nos encontramos ante situaciones que no podemos prever.

—¿Qué quiere usted decir? — inquirió el doctor Weaver, que no había despegado los labios durante el detallado relato de Dan.

—Está muy claro, doctor. Si Joe fuese un criminal corriente, un hombre habituado a estar siempre fuera de la Ley, obraría de manera muy distinta y sus actos de venganza estarían en armonía con su mentalidad. Hubiese matado a Robinson, no diciendo nada a nadie, hubiese seguido con la señorita Loos, Míster Council y Robert Morton... Cuatro asesinatos que nos hubiesen dado mucho que hacer.

»Mientras nosotros trabajábamos en esos asuntos, él se hubiese trasladado tranquilamente a San Diego, terminando con ustedes dos y después con el profesor Warren.

»Pero no lo ha hecho. Tomándose por una especie de justiciero de otros tiempos, se ha permitido el lujo de avisar indirectamente a la policía y de realizar, al atacar a sus víctimas, un plan verdaderamente sorprendente. Porque, evidentemente, no desea matarles a ustedes, sino hacerles sufrir como él entiende que deben padecer por lo del Campo de Mutantes.

Chace se impacientó:

—Todo eso está muy bien, señor McMurray; pero nosotros no podemos perder el tiempo...

—¿No desean, entonces, que les guardemos de Joe?

John Chace sonrió, despectivo.

—Vivimos los dos aquí y no creo que se atreva a llevar sus planes

adelante. Respecto al profesor Warren, ya le prevendremos, no se preocupe.

Dan se levantó.

—No obstante — dijo, dirigiéndose más a Richard que al otro—, les ruego que no echen en saco roto mis advertencias. Joe es un individuo peligroso y sólo él sabe lo que se propone hacer con ustedes.

—Le esperamos tranquilamente — resumió Chace, dando por terminada la entrevista.

McMurray salió de la casa de un humor de perros; pero su rostro se animó al pensar que quizá podría convencer al profesor y, por la autoridad de éste, obligar a aquel mentecato de Chace que no jugase con algo más peligroso que la muerte.

* * *

Joe vio, desde el fondo del jardín donde se hallaba escondido, la silueta del hombre que había ido a visitar a los doctores.

No le cupo la menor duda de que se trataba de un policía.

Desde que había llegado a los Estados Unidos, después de peripecias sin cuento, Joe no había dudado ni un segundo que la policía se pondría en contra suya y que le perseguiría. Por eso, a partir de lo que él llamaba «su objetivo número uno» — no había olvidado la terminología bélica —; es decir, desde su agresión al rentista Robinson, había duplicado su vigilancia, seguro de que el ciego había hablado a los de la «poli».

Ahora, al ver al visitante de los odiosos médicos, se percató definitivamente de que los agentes le andaban a la zaga.

Tenía que obrar con cautela.

Porque, por encima de todo debía terminar la labor que se había impuesto y que juró ante aquel maldito tribunal del Campo de Mutantes, cuyos miembros recibían ahora su justo y merecido castigo.

Esperó, pacientemente, a que el vehículo de Dan se perdiese en la noche; después, cautelosamente, empezó a andar hacia la casa.

Había tenido ocasiones múltiples de visitarla, tanto por fuera como por dentro, ya que la pareja de médicos que la habitaban, ambos solteros, no hacían sino dormir en ella, pasando la mayor parte del tiempo en el Instituto de Genética de la ciudad.

Con una elemental ganzúa, había penetrado por la puerta trasera y recorrido las habitaciones, tanto de la planta baja como del piso superior, conociendo la topografía del lugar perfectamente.

Ahora se dirigió hacia la puerta de atrás, que daba a la cocina.

La noche era cálida y no se extrañó al ver que los médicos habían

dejado solamente el mosquitero. También sabía Joe que una mujer venía, cada mañana, cuando ellos se iban al Instituto, para poner en orden la casa.

En estos momentos se encontraban solos.

Las ventanas del «living» estaban encendidas y también las de la cocina; por el contrario, el resto de la casa se hallaba sumido en completa oscuridad.

Al llegar junto a la puerta trasera, Joe se tocó la parte exterior del bolsillo derecho de su chaqueta, sonriendo al sentir el bulto que formaba el frasco que había logrado sustraer del maletín de la enfermera.

Invitó a merendar a Sully y en un momento propicio, cuando ella fue al tocador para peinarse un poco, sacó uno de los minúsculos frascos — había muchos — que contenían la sangre estabilizada de los enfermos de leucemia.

Durante las horas que había pasado en la biblioteca pública, leyó mucho, todo lo que allí había, sobre la terrible enfermedad. De aquello comprendió bastante, sobre todo en los artículos de divulgación que consultó, ya que los libros técnicos de medicina se hallaban muy por encima de su nivel cultural y estaban llenos de palabras cuyo significado no entendía.

Un rumor lejano de conversación llegó hasta él.

Sacó la pistola del bolsillo posterior del pantalón, decidiéndose finalmente y penetró en la limpia y moderna cocina. Un agradable olor a café le hizo respirar con fruición.

La puerta de la amplia alacena estaba semiabierta, pero él no se dirigió directamente a aquel escondite en el que ya pensó al visitar la casa, sino que se acercó al pasillo que desembocaba en el «living», oyendo ahora claramente las palabras de los médicos.

—Yo me acuerdo perfectamente de ese sargento Pryor — decía Weaver — y sería capaz de reconocerle entre mil.

—¡No sé por qué te preocupas tanto! — rezongó el otro—. ¿Qué puede hacernos ese tipo? No se atreverá a atacarnos de frente; además, ya has oído a ese agente que no desea matarnos… Si se acerca, recibirá su merecido.

—Es un loco, John.

—¿Y qué? Somos dos hombres jóvenes y fuertes; por otra parte, le conocemos bastante y no le dejaremos que se acerque así como así.

—¿Y si viniese aquí para sorprendernos?

Chace soltó una breve carcajada.

—¡Qué impresionable eres! Seguro que ese maldito Joe sigue en Washington, a pesar de lo que ha dicho el policía, para terminar primero con los otros. ¿No te has dado cuenta de sus procedimientos? Cegó a Robinson y volvió loca, al matar a los gatos, a aquella vieja

histérica.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ese Joe ha tenido el trabajo fácil: un rentista miedoso y confiado, una solterona con los nervios estropeados... Sí, amigo mío: con nosotros será distinto, te lo aseguro.

—Ojalá lo cacen antes.

—¡Bah! Ya te he dicho que le das demasiada importancia... ¡Cómo se reiría si te oyese decir tantas bobadas! Además, creo que es hora que tomemos el café. Yo quiero leer un poco esta noche, pues mañana ya sabes que el profesor nos espera en su laboratorio a las ocho.

—Voy a por el café.

—¡Ten mucho cuidado! — rió John—. ¡Es posible que Joe esté escondido detrás de la puerta!

Richard no dijo nada, saliendo del «living».

Entre tanto, Joe se había ocultado rápidamente en la alacena, con los nervios en tensión, oyendo los pasos del médico, que penetró después en la cocina.

Mirando a través de la rejilla de la puerta, Joe le vio lanzar una medrosa mirada hacia el jardín, oyendo después cómo pasaba el cerrojo de la mosquitera.

Sonrió.

Ya ante la cocina, Weaver le dio francamente la espalda, preparando el café. Entonces, Joe, abriendo la puerta milímetro a milímetro y sujetándola fuertemente para que sus goznes no chirriasen, penetró en la cocina, teniendo la pistola fuertemente cogida por el cañón.

Un golpe rápido en la cabeza de Richard y éste se hubiese derrumbado si los brazos de Joe no le hubiesen sujetado fuertemente.

El mutante le ató sólidamente pies y manos, respirando profundamente cuando lo hubo hecho.

Y fue entonces cuando la voz de Chace sonó en el «living».

—¿Y ese café, Richard?

Joe avanzó por el pasillo, llegando hasta la puerta del «living».

La suerte seguía acompañándole.

Chace estaba cómodamente sentado en un sillón, con un libro entre las manos y dándole la espalda. Como el otro, recibió un golpe, perdiendo inmediatamente el conocimiento.

Después de atarlo, Joe volvió a la cocina, cargándose con el cuerpo de Weaver que llevó al «living». Después, sin contemplaciones, cortó la manga derecha de la chaqueta de cada uno, levantando la camisa hasta el hombro.

Había comprado una jeringuilla y agujas aquella misma mañana, agradeciendo a su suerte que hubiese tenido que inyectar a muchos

compañeros durante la campaña de Corea.

Abriendo el frasquito que quitó a la enfermera y que contenía solamente unos cien centímetros cúbicos de suero, cargó la jeringuilla hasta arriba, veinte centímetros aproximadamente, colocando una goma en el brazo de Chace, cuyas venas se hincharon en seguida.

Inyectó con curiosa habilidad, después de comprobar, con una aspiración del émbolo, que la aguja estaba en vena, repitiendo después la operación con Weaver.

Los dos se estremecieron levemente, pero no despertaron.

Joe tiró la jeringuilla sobre un sillón y encendió un cigarrillo, sentándose frente a los dos hombres, que yacían en el suelo.

Sonrió.

Todo se iba desarrollando según sus planes, sin que hubiera habido tropiezo alguno, sin que la policía pudiese hacer nada para evitar que su venganza — su justicia decía él — se hiciese.

Esperó, tranquilamente, a haber terminado el cigarrillo, que aplastó en uno de los ceniceros, yendo después a la cocina, en la que llenó un cubo de agua, vertiéndolo, a partes iguales, sobre los rostros de los médicos.

Ambos se despertaron momentos después.

Miraron con horror al hombre que estaba sentado ante ellos y que había encendido un nuevo cigarrillo.

—Me conocéis, ¿verdad?

Ninguno de ellos tuvo la fuerza para contestar.

—Creo — siguió diciendo Joe — que no es necesario que me presente. Hace unos momentos, mientras yo estaba escondido ahí dentro — y señaló hacia la cocina—, os reíais de mí... ¡del sargento Pryor! Aquí estoy ahora, pareja de imbéciles.

—¿Qué va usted a hacer?...—musitó Weaver.

—Todos vosotros preguntáis lo mismo. Cuando se tiene la conciencia tranquila, no se tiene ese miedo que ahora leo en vuestros ojos. ¡No! No estáis ahora tan seguros como cuando os conocí, en el Japón. Entonces rezumabais importancia y os creíais superhombres, capaces de juzgar y condenar a los que habían peleado valientemente por vosotros. ¿Qué os importaban los hombres que iban a quedar, para siempre, en aquel infecto campo?

—Nosotros obedecíamos órdenes.

—¿Y qué? Hay órdenes que no deben obedecerse, vengan de donde vengan... ¿Mataría un padre a sus propios hijos si se lo ordenasen?

—¡No es lo mismo!

Intervino Chace.

—De nada va a servirte toda esta comedia, Joe... Puedes

matarnos, si así lo deseas, pero terminarás cayendo en manos de la Justicia.

—¡La Justicia soy yo!

—Tú no eres más que un pobre loco. ¿Crees que vas a darnos miedo como si fuésemos aquella vieja histérica de los gatos o aquel pobre hombre, al que dejaste ciego?

—Ya veo que el policía os ha informado bien.

—Lo sabemos todo. Pero no lograrás amedrantarnos, Joe... ¡Con nosotros no valen truculencias! Tenemos los nervios en su sitio y no lograrás aterrorizarnos...

Joe sonrió, tristemente.

—Yo también tenía los nervios en mi sitio, Chace... Mucho más que tú y ya lo demostré en el frente. Resistí los bombardeos atómicos, el silbido de los proyectiles tele-dirigidos... Y cuando la guerra terminó, creí que nada ni nadie podía causarme miedo...

»¡Qué equivocado estaba!

»Bastó que vosotros urdiéseis aquel fatídico plan, que me encerrarais en aquel maldito campo, que tiraseis al suelo mis deseos, mis ilusiones, mis proyectos... para que sintiese un miedo horrible, como jamás lo había experimentado.

»Es muy posible que lo hayáis olvidado, pero hubo muchos soldados que se suicidaron en el campo. No lo habían hecho en el frente, cuando la locura o la desaparición personal parecían ser las únicas salidas. Lo resistieron todo, los bombardeos, las quemaduras radiactivas, el terror... pero no pudieron resistir el panorama que les ofrecíais...

»Vosotros también estáis ahora seguros de resistirlo todo, pero yo sé que dentro de poco, cuando os diga lo que tengo que deciros, tendréis miedo, mucho miedo...

—¡Jamás lo lograrás! — gruñó Chace.

Sin responder, Joe se agachó, cogiendo el frasco que había dejado en el suelo.

—¿Conocéis esto?

No contestaron.

—Es uno de los frasquitos que la enfermera Preston llevaba esta tarde al laboratorio de Warren... Yo se lo quité, sin que ella se diese cuenta... Y os he inyectado su contenido, en la vena, hace unos instantes.

Los ojos de Weaver se abrieron, desmesuradamente.

—El frasquito — siguió diciendo Joe, sin la menor alteración en su voz tranquila — contenía la sangre de los leucémicos que vosotros condenasteis en Japón...

—¡No!

Fue Chace quien lanzó aquella especie de alarido infrahumano,

aquel ronco clamor que brotó locamente de su garganta.

—Estoy lo suficientemente enterado — dijo Joe — para saber que ya no hay salvación para vosotros. ¡Estáis irremisiblemente condenados!

Richard sollozaba silenciosamente.

—Os avisé y no quisisteis escucharme...

Se había puesto en pie y ya estaba junto a la puerta.

—Ahora le toca al orgulloso profesor Warren. No escapará tampoco.

Y salió.

* * *

McMurray salió del laboratorio del profesor tan defraudado como había salido de la casa de los dos jóvenes médicos.

Indudablemente, aquellos hombres despreciaban las leales advertencias que les había hecho, manifestando que no tenían miedo alguno a aquel demente que les parecía un pobre tipo aquejado de una vulgar paranoia.

Dan estaba furioso.

Abandonando el jardín que rodeaba la hermosa propiedad del profesor, se detuvo ante su coche, que había aparcado en una zona sombría, sentándose ante el volante y encendiendo un cigarrillo.

¿Se habría equivocado?

Siguiendo una idea que había surgido al hablar con Harry, el repartidor de leche que se había dejado engañar por Joe, Dan McMurray tenía la seguridad de que el mutante había abandonado Washington para «arreglar las cuentas» a los otros tres de la lista.

Y era natural.

Joe debía de haberse dado cuenta que la policía vigilaba estrechamente a los dos que faltaban en Washington: Council y Morton. La suerte le había favorecido en el caso de la pobre Pola Loos, pero aquello no podía repetirse y el mutante debía de saber que, si intentaba algo contra los otros dos, el banquero o el joven Morton, podía caer en manos de la policía.

¿Entonces?

Joe, por el momento, no había dado señales de vida en San Diego, pero algo decía a McMurray que el mutante no debía de andar lejos.

Por otra parte, de los tres que Joe tenía que «castigar» en San Diego, era el profesor el que más estaba a su merced, ya que, como Dan acababa de comprobar, Harold W. Warren vivía en el ala izquierda del edificio, donde tenía instalado su laboratorio particular, completamente solo.

La servidumbre, en efecto, habitaba el otro lado de la casa,

separada por puertas cerradas del lugar donde se hallaba Harold.

A Dan le hacía el efecto de que todos los hombres de ciencia eran igualmente descuidados y que, como sus ayudantes, Weaver y Chace, Warren le había tomado por un visionario.

Hacía unos instantes que había lanzado el pitillo cuando oyó un ruido sospechoso a su izquierda, al otro lado de la verja.

Todos sus músculos se contrajeron, en un movimiento de atención, haciéndose todo oídos.

Evidentemente, alguien había penetrado en el jardín y se dirigía hacia el laboratorio. Las ventanas de éste, que daban al parque, estaban abiertas, ya que la calor de la noche era intensa.

Sin bajar del coche, no osando hacer el menor movimiento, Dan miró atentamente hacia el edificio, cuya parte iluminada no tardó en recortar la silueta de un hombre que avanzaba silenciosamente hacia el laboratorio.

¡Joe!

Dan tuvo que dominar sus nervios.

Nunca hubiese pensado que la suerte le favoreciera de tal manera. Y cuidadosamente, sin hacer el menor ruido, descendió del coche, sacando su pistola de la sobaquera y avanzando lentamente hacia la verja, que saltó silenciosamente.

McMurray no conocía bien la topografía del lugar. Había entrado, una hora antes, precedido por el ayuda de cámara, por la puerta principal, que ahora quedaba invisible, sumida en la oscuridad general. Por otra parte, el profesor había ordenado al criado que se acostase, ofreciéndose para acompañar al visitante hasta la salida.

Y lo había hecho, utilizando una pequeña puerta, que ahora trataba de localizar el agente.

Inquieto, Dan avanzó un poco más hacia la zona de claridad; pero el temor de que Joe estuviese apostado por aquellos lugares le retuvo. No quería, ahora que estaba tan cerca de un final que podía ser feliz, estropearlo todo por una estupidez.

Dudaba, en aquellos momentos, preguntándose lo que podía hacer, cuando una detonación le dejó clavado en su sitio, como si se hubiese convertido en una estatua de piedra.

En realidad, no estuvo parado más que una décima de segundo; después, sin pensar en más, corrió hacia la puerta pequeña por la que le había hecho salir el profesor y que encontró entreabierta.

Penetró en el edificio.

Oía ya los ruidos de las ventanas de la parte ocupada por la servidumbre que se estaban abriendo; pero no hizo caso más que al silencio que reinaba allí dentro, avanzando decidido, con el arma en la mano, hacia el laboratorio del profesor.

Lo vio de espaldas.

El mutante estaba ligeramente inclinado sobre el cuerpo del médico, que yacía con la cabeza destrozada a sus pies.

—¡No te muevas, Joe!

El otro levantó los brazos.

Y Dan, a pesar de haber llegado tarde, tuvo la clara impresión de que había logrado lo que deseaba.

## CAPÍTULO VII

SULLY, que había llegado a su sala muy de mañana, preocupada por el estado de los leucémicos, se sorprendió desagradablemente al comprobar que Charles Maderson, el número 8, había desaparecido.

La enfermera de guardia sólo supo decir que Charles había recibido una visita al atardecer.

—¿Quién era?

La otra sonrió.

—Un joven muy apuesto. Me rogó que le dejase entrar solamente unos minutos. Dijo que era hermano de Charles.

—¿No notaste que Charles se iba?

—No. Me llamó, cuando su hermano se hubo marchado, para pedirme un poco de té. Estaba vestido y pendiente de la televisión. Parecía como nuevo.

—Tendré que avisar al profesor… ¿Ha llegado ya?

—No.

—¡Qué extraño! Me dijo que estaría aquí antes de las siete. ¿Y los doctores Weaver y Chace?

—Tampoco han venido.

Sully no sabía lo que hacer y bajó al «hall», deseando que algunos de los que esperaba llegase antes de telefonear a parte alguna; pero su sorpresa fue mayor al ver que dos vehículos de la policía se detenían en la entrada.

Un hombre fuerte, acompañado de un agente, entró en el edificio. Los otros se quedaron fuera.

—Buenos días, señorita… ¿Quién es el jefe aquí?

—No ha llegado, señor.

—Me refiero a quien sustituye al profesor y a los dos doctores.

Ella le miró, extrañada.

—Yo soy la jefe de las enfermeras.

—¿Sully Preston, verdad?

—Sí.

—Bien. ¿Dónde conoció usted al hombre que la acompañó durante la tarde?

—Aquí. Era un donante.

—Ya comprendo. ¿No se dio cuenta del momento en que sustrajo de su maletín uno de los frascos?

Los ojos de la muchacha se abrieron desmesuradamente.

—¿Max robó… un frasco? ¡Eso es imposible!

—No lo es…

—¿Para que lo quería?

—Pasemos al despacho, señorita. Se lo explicaré en seguida.

Ella se dejó caer en uno de los sillones.

—Ha dicho usted que se llamaba Max, ¿verdad?

—Sí, eso me dijo: Max Olmer…

—Le mintió. Era Joe Pryor, antiguo sargento, que luchó en Corea: un mutante.

—¿Es posible?

—Sí. Es un tipo que está, es decir, estaba volviendo loca a la policía. Escapó del Campo de Mutantes y llegó hasta los Estados Unidos, con un solo deseo: el de vengarse de los que, según él, le habían condenado a no volver a su país. Logró hacerlo con un tal Robinson y una solterona, la señorita Loos, ambos miembros de la Comisión Civil y residentes en Washington. Luego vino a San Diego, deseoso de terminar con los doctores que estuvieron en el Japón y con el autor de la idea: el profesor…

—¿Lo ha logrado?

—Sí. Harold W. Warren, su jefe, ha sido muerto de un balazo en la cabeza… Richard Weaver y John Chace se han suicidado. Llegamos a tiempo, junto a un agente federal, cuando Weaver aún vivía… Nos explicó lo que ocurrió y así pudimos saber que Joe, el falso Max, le había cogido un frasco de sangre de leucémico, inyectando el contenido en las venas de esos dos desgraciados. Comprenderá usted que prefirieron morir antes de sufrir una condena irremisible…

»Joe había atado a los dos doctores, para inyectarles, pero uno de ellos logró desatarse, desgraciadamente, para convencer a su compañero de que lo mejor que podían hacer era poner fin a sus vidas… Ha sido una lástima llegar tarde.

—¡Es espantoso!

Y después de una pausa:

—Parecía tan simpático… tan noble.

—Siempre sucede así.

—Fíjese si me engañó, inspector, que me sentía francamente atraída hacia él. Sobre todo, cuando proporcionó litro y medio de sangre a Charles Maderson, que justamente ha desaparecido.

—¿Eh?
—Sí. Era un antiguo combatiente de Corea.
—¿Mutante?
—Leucémico.
—¿Tienen fotos de ese hombre?
—No acostumbramos a hacerlas.
—¡Maldita sea! Hemos de buscar a ese hombre, sea como sea. Ya sabe que está prohibido que los mutantes corran en libertad. Hemos tenido demasiadas cosas en San Diego. Por fortuna, ese agente federal se ha llevado, hace una hora, a Joe hacia Washington, donde será juzgado...
Sully, a pesar de cuanto había oído, no pudo evitar un suspiro, cuyo significado, evidentemente, escapó al policía...

* * *

«M.M.» miró a los dos hombres que acababan de entrar en su despacho.
Había una positiva diferencia entre ambos, ya que uno de ellos era delgado, joven, conservando aún esa luz viva en los ojos, mientras que el otro era fofo, obeso, con una doble barbilla y un vientre prominente, que demostraba su vida sedentaria.
—¿Dónde está? — inquirió el gordo, con un gesto de temor en su mirada huidiza.
—No tardará en llegar, míster Council. El agente McMurray me ha llamado desde el avión que le trae de San Diego, rogando que les convocase. ¿Cree usted poder reconocer al sargento Pryor?
Peter Council no dijo nada, pero el joven, reaccionando, exclamó:
—¡Yo no lo he olvidado, señor! ¡Le reconoceré en seguida!
El banquero rompió, finalmente, el silencio:
—Yo también.
—Mejor que mejor — dijo «M.M.»—. Ya saben ustedes que no se les ha advertido hasta ahora, ya que considerábamos: que convenía mejor que no lo supiesen....
—¡Mal hecho! — intervino Council—. Míster Robinson y la señorita Loos han pagado caro ese desconocimiento.
—El primero, señor Council, fue un caso aparte — se defendió Marker—, ya que nosotros mismos ignorábamos la existencia del peligro que le amenazaba. En cuanto a la señorita Loos, no fue ella atacada directamente y de no haber sido por la habilidad extraordinaria de Joe, que pensó que haría más daño matando a los gatos de la solterona en vez de atacarla a ella, nada le hubiese ocurrido.
—¿Y nosotros? ¿Estamos aún a salvo?

—Por completo. Joe Pryor ha sido detenido y no escapará a la Justicia, por mucho que haga. Sobre todo, después de haber asesinado al profesor Warren y provocado el suicidio de sus dos colaboradores.

Se sentía intranquilo, sin saber por qué, a pesar de todas las garantías que le ofrecía la aprehensión de Joe. Era una sensación que le dominaba desde que «M.M.» les había convocado, explicándoles la existencia de aquél al que habían olvidado por completo y participándoles sus criminales propósitos.

Robert Morton, por el contrario, estaba completamente tranquilo, esperando reconocer al sargento para volver rápidamente a casa, donde Alleine le esperaba con impaciencia.

El inspector federal le había aclarado lo de su trabajó, prometiéndole que hablaría con sus superiores para que volviesen a establecer el mismo horario que anteriormente.

«Lo hicimos para poder vigilarle mejor» — le había dicho Marker.

Cuando Dan McMurray penetró en el despacho, completamente solo, una sonrisa de triunfo entreabría sus labios. Miró, sucesivamente, a Marker, Morton y Council, sin dejar de sonreír; después:

—¡Se les saluda, señores!

—¿Dónde lo tienes, Dan? —inquirió «M.M.».

—Ahí al lado. El médico lo está reconociendo...

—¿Está enfermo?

—Bastante. Y no le extrañe... Es un mutante que ha resistido, hasta ahora, el mal que le consumía. Se puso bastante enfermo en el camino, aunque no logré que hablase ni una sola palabra. Parecía como si me ignorase por completo...

—¡Es un monstruo! — exclamó el banquero, fuera de sí, agregando después—. Le llevarán inmediatamente a la silla eléctrica, ¿verdad?

Marker y McMurray, asombrados, se miraron rápidamente.

—Será juzgado, señor Council — repuso el primero—, y condenado.

—¡No se pueden dejar tipos como ése por la calle! — siguió protestando Peter — ¡Ustedes son los encargados de garantizar la tranquilidad de los ciudadanos, que no podemos estar a expensas del primer loco que se escapa!

Dan se dio cuenta de que el hombrecillo, al saberse ya seguro, por la captura del mutante, estaba desprendiéndose de su miedo como un perro del agua, sacudiéndoselo sin importarle mojar a nadie.

—Voy a ver si el médico ha terminado.

Salió y se dirigió a la habitación donde el doctor asistía al preso.

Éste se hallaba tendido en un lecho, con la frente llena de sudor y

una intensa palidez en el rostro.

—¿Cómo va eso, «doc»?

El médico se volvió:

—No lo sé, McMurray. He llamado a varios especialistas para que me ayuden. Desde luego, este hombre está bastante fastidiado.

—¿Cree que será necesario hacer la comprobación ahí mismo?

—Es lo mejor, Dan.

—Voy, entonces, por ellos.

Volvió al despacho, rogando a los testigos que le siguiesen.

«M.M.» fue con ellos.

Después de McMurray y su jefe, Robert Morton fue el primero en entrar. Se colocó a los pies del lecho y miró larga y detenidamente al prisionero. Finalmente, su entrecejo se frunció y con voz clara dijo:

—Este hombre no es el sargento Pryor.

Le miraron extrañados, sobre todo Dan.

—¿Está usted seguro, Morton?

—Completamente seguro.

—¿Y usted, Council?

El gordo miraba con miedo al hombre que yacía en el lecho. Como si estuviese ante el mismísimo demonio.

—Yo… — balbució — creo que… míster Morton tiene razón.

Dan estaba frenético.

—Hagan el favor de volver al despacho… ¿Quiere acompañarles, jefe?

Marker comprendió lo que su subordinado iba a hacer, saliendo con los otros dos. En cuanto la puerta se hubo cerrado, el agente se acercó al lecho.

—¿Quién eres? — inquirió, dispuesto a sacar la verdad fuese como fuese.

Pero el estado del enfermo correspondía a lo que había dicho el doctor que, dulcemente, tocó el brazo del policía.

—Habrá que esperar que vengan los otros. Es posible que se les pueda reanimar para que le interrogues, Dan; pero, por el momento, es completamente inútil.

El cerebro de McMurray funcionaba a toda velocidad.

—¿No se da usted cuenta de lo que puede salir de mi fracaso, «doc»? Necesito que este hombre hable, quiero conocer su identidad cuanto antes…

Luego, dándose una palmada en la frente:

—Creo que, por el momento, tengo la solución…

Salió como una exhalación, trayendo al fotógrafo de servicio, que hizo unas fotos al enfermo. Después, juntos, fueron al departamento de teletipos enviando aquellas fotos a San Diego, al inspector de policía, rogándole que las enseñase al personal del Instituto de

Genética.

El telegrama llegaba media hora después:

> «Fotos reconocidas por personal sanitario Stop Especialmente por enfermera jefe Stop Fotos corresponden, sin duda alguna, al mutante Charles Maderson, recientemente fugado del instituto.»

Marker y Dan, que se habían reunido en el despacho de este último, se miraron, después de volver a leer el telegrama.

—¿Qué piensas de todo esto? — inquirió el inspector.

—¡Que soy el asno más grande que existe bajo la capa del cielo! Pero que, al mismo tiempo, obré como lo hubiese hecho cualquiera. Porque, ¿quién podía ser el atacante del profesor si no Joe el mutante? ¿Cómo ese desgraciado pudo idear el asesinato de Warren, si apenas se podía tener en pie?

—No debes descorazonarte, McMurray.

—Lo estoy, jefe... Y no crea que es por haberme equivocado tan estúpidamente, sino porque, a fin de cuentas, Joe sigue en libertad.

—Ahora no podrá hacer nada.

—¿Tan seguro está de eso?

—Sí. He ordenado que esos dos se queden aquí, dando a cada uno de ellos una habitación. Además, para evitar complicaciones, he ordenado que vayan a buscar a sus esposas.

—Creo que es una magnífica idea, señor; pero nuestro deber es cazar a Joe.

—Ya le atraparemos. Mientras tengamos a Morton, que es el que puede identificarle, no tenemos más que irle mostrando a todos los sospechosos que vayamos recogiendo.

—¡Largo me lo fiáis!

«M.M.» sonrió:

—Ése es el secreto de nuestra profesión, muchacho: paciencia, mucha paciencia. Comprenderás que cazar a un hombre, entre todos los millones con que cuenta nuestro país, no es una labor sencilla, sobre todo cuando no poseemos una descripción detallada.

McMurray guardó silencio unos instantes. Dijo:

—Tenemos otro testigo.

—¿Quién

—La enfermera-jefe del Instituto de San Diego. Salió con él y debe conocerle perfectamente.

—Ya he leído el informe que enviaron de San Diego. No creo que nos sirva de mucho esa muchacha, Dan.

—¿Por qué?

—Porque sigue estúpidamente enamorada de ese granuja, al que

justifica plenamente. Eso dice el inspector que la interrogó. No, Dan, nuestra mejor carta, nuestro as es Morton, que está decidido a colaborar como sea.

—¡Ojalá nos sirva de algo!

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

El doctor penetró en el despacho.

—Ya pueden interrogar al enfermo — dijo—. Mis compañeros opinan que no le queda más que un rato de vida; pero le hemos reanimado por si pueden sacar algo de él.

—¡Vamos!

Y una vez junto al moribundo:

—Veamos, muchacho. Sabemos quién eres y deseamos, solamente, que nos digas por qué mataste al profesor Warren.

Charles sonrió débilmente.

—De poco les va a servir lo que diga, ya que no podrán castigarme... Yo ya tengo lo mío.

—Nadie habla de castigarte, Maderson.

—Eso está mejor. ¿Qué quieren saber?

—¿Por qué mataste al profesor?

Los ojos del enfermo brillaron con una intensidad súbita.

—¡Lo merecía! ¡Él fue el causante de todo! El que nos apartó del mundo, condenándonos a morir en aquel Campo de Mutantes... ¡Debían haberse mostrado un poco más humanos con nosotros! Acabábamos de salir de la guerra y nos trataron peor que a perros.

—En eso — dijo Dan — estoy perfectamente de acuerdo contigo, muchacho; pero te ruego que contestes a mi pregunta.

Charles guardó unos instantes de silencio, como si se esforzase en encontrar el fondo de sus recuerdos.

—Cuando me hicieron la transfusión — dijo—, me sentí muchísimo mejor. Sully, la enfermera, con la que tenía muchísima confianza, me habló del donante qué me haba cedido su sangre, elogiándolo porque había dado litro y medio.

»Yo me sentía del mejor humor y la rogué que dijese a mi anónimo bienhechor que deseaba conocerle. Debió decírselo porque, al caer la tarde, él vino a visitarme.

—¿Era Joe Pryor?

—Sí. El mismo me dijo su nombre y yo le recordé, porque en Corea era todo un personaje. Había sido condecorado varias veces y todo el mundo le conocía.

»Me explicó sus proyectos y sus deseos de acabar con todos los que nos habían hecho tanto mal. ¿Hablaba con tanto fuego! Yo comprendí que jamás se había luchado por algo tan justo y me ofrecí a ayudarle...

—¿Qué respondió?

—Se negó. Dijo que lo que yo tenía que hacer era cuidarme… Le dije que tenía razón, pero yo, interiormente, me estaba ya forjando un plan. No me engañaba la euforia que sentía. Aunque era mayor que otras veces, conocía ya los efímeros resultados de las transfusiones y sabía perfectamente que no tenía cura.

»Procuré distraerle y cuando él se fue y la enfermera estuvo distraída, salí del Instituto, cogiendo una pistola del depósito de armas que había abajo, pues los militares hospitalizados las dejaban allí.

»Tenía el propósito de contribuir a lo que Joe estaba haciendo por todos nosotros. Por eso, decidido, me dirigí a la casa del profesor, entrando en el jardín y comprobando que una puerta, que daba al laboratorio, estaba casualmente entreabierta… Lo demás ya lo saben ustedes.

—Gracias, Charles.

—No me las dé. Joe se saldrá con la suya. Ya me dijo que poco le importaba la muerte con tal de acabar con todos los perros que olvidaron que éramos los que habíamos defendido el honor de los Estados Unidos. ¡Si conociesen a Joe! ¡Si lo hubiesen conocido en Corea! No tenía miedo de nada y no lo tendrá ahora… ¡Ya pueden echarse a temblar los que quedan!

## CAPÍTULO VIII

EL joven elegantemente vestido penetró en la tienda, requiriendo inmediatamente la atención del jefe de ventas que, abandonando el libro policíaco que estaba leyendo, fue al encuentro del recién llegado. —Usted dirá, señor.

—Deseaba comprar una caja de caudales o, al menos, informarme sobre lo que hay en el mercado.

—Tenemos de todos los tipos, señor... ¿Tiene usted alguna idea concreta, alguna información sobre un determinado tipo?

—Sí — dijo el joven—. Uno de mis amigos me ha elogiado mucho la «Securit Steel», que creo fabrican ustedes.

—En efecto, aunque tenemos tipos mucho más modernos.

—No importa. Estoy verdaderamente interesado por lo que le he dicho.

—Como usted quiera... ¿Tiene la amabilidad de seguirme?

—Con mucho gusto.

El almacén estaba en la parte posterior de la tienda, cuyos escaparates mostraban las últimas novedades en cajas fuertes. Una vez allí, el empleado condujo al futuro cliente hacia la parte donde se hallaba la clase de cajas que el joven deseaba ver.

—La «Securit Steel» — explicó el empleado — no se fabrica más que en estos tipos: «A», «B» y «C», que usted puede ver aquí...

—No recuerdo exactamente el tipo que posee mi amigo; pero es posible que, revelándole su personalidad, pueda usted decírmelo.

—Lo haré con mucho gusto.

—Se trata de Peter Council.

—¡Ah, ya sé! Y se extrañará usted, seguramente, de que haya recordado a ese cliente tan aprisa. Míster Council es un excelente cliente nuestro y no puedo olvidarle porque nos hizo realizar una pequeña modificación en la caja que nos compró.

—¿De qué tipo era?

—Del «B». El señor Council ordenó que dividiésemos el

compartimento superior del cofre en dos partes.

—¿Para qué?

—Para colocar los títulos. En los Bancos pequeños, como el de su amigo, y esto lo sabrá usted seguramente mejor que yo, no es el dinero lo más importante, sino la reserva de títulos que se guardan a los clientes y que constituyen la verdadera «reserva» bancaria. Míster Council tiene un establecimiento de ese tipo.

—Ya lo sé. Y me parece sumamente interesante lo del compartimento superior. ¿Quiere enseñarme cómo lo hicieron ustedes?

Halagado, el empleado abrió la caja, explicando al elegante joven todos los detalles. Cuando terminó, el visitante repuso:

—Creo que tendrán que hacerme lo mismo: es una excelente idea y como yo también tengo papeles de sumo interés...

—Haremos las modificaciones que usted desee, señor.

—Bien. Ahora desearía hacerle unas preguntas...

—Las que quiera.

—He oído hablar que estas cajas son sensibles al micro-perforador.

El otro sonrió, contento de poder explayarse sobre un tema que conocía y amaba en extremo.

—Sí, señor. Justamente, en estos momentos, estoy leyendo un relato policíaco en el que se habla de un intento de robo con micro-perforador... ¡No se logra nada, señor mío! Ya sabe usted que el micro-perforador, con punta atómica, es de peligroso manejo, debido a las radiaciones gamma que desprende. Por otra parte, ¿qué se puede conseguir con ese aparato? ¡Un orificio minúsculo, por el que apenas puede pasar una aguja hipodérmica...

—Comprendo.

—Cualquier ladrón que intentase abrir una de nuestras cajas por ese procedimiento, perdería lastimosamente el tiempo. Hemos calculado, muchísimas veces, que si alguien se propusiese dibujar un círculo de agujeros, con el micro- perforador, capaz de dejar pasar la mano de una persona, para apoderarse del contenido de una de nuestras cajas, tardaría... ¡seis días en conseguirlo!

»¿Se da usted cuenta, señor? Tendría, el ladrón, que permanecer una semana entera en el Banco...

Y lanzó una breve pero significativa carcajada.

—Es la mejor demostración que he oído jamás— confesó el joven —. Me ha decidido usted, amigo mío. Esta misma tarde volveré y formalizaremos el pedido.

—¡Estamos a su servicio, señor!

—Muchas gracias.

* * *

Dejando el frasco metálico en el suelo, que pesaba lo suyo, Joe echó una mirada en derredor, comprobando que ningún ruido sospechoso se oía.

La callejuela estaba sumida en una oscuridad casi total y sólo las pálidas luces de los fluorescentes de la vecina avenida llegaban débilmente hasta allí.

Joe había estudiado, como de costumbre, la topografía de aquellos lugares de manera a moverse sin ninguna clase de vacilación. Por eso, cuando consiguió abrir la puerta trasera, penetró en el interior del establecimiento, cerrándola a su espalda y moviéndose en la oscuridad con una seguridad casi completa.

Se hallaba en un cuarto trasero, donde se almacenaban los utensilios de limpieza que utilizaban las dos mujeres que, cada mañana, a las seis, efectuaban la limpieza del Banco.

Aquel cuarto daba, como pudo comprobar segundos más tarde, a un pasillo, a cuya izquierda estaba el despacho particular de Peter Council.

Y la caja.

Joe penetró allí, con una sonrisa que parecía flotar sobre sus labios. Una vez dentro y cerradas todas las ventanas, ninguna de ellas daba al exterior, encendió una lámpara que había sobre la mesa y que le proporcionó luz suficiente para lo que se proponía hacer.

La caja estaba situada en un rincón y, aunque cerrada, naturalmente, Joe podía ver su distribución interior, mentalmente, gracias a la visita que había hecho aquella misma mañana a la casa donde Peter la había adquirido.

Dejó el frasco metálico sobre el suelo, sacando un paquete minúsculo del bolsillo, que al desenvolverlo descubrió una especie de gruesa pluma estilográfica que Joe montó en pocos instantes.

Era el micro-perforador.

Un cable, terminado en un enchufe, salía de uno de los extremos, el más grueso, mientras el otro tenía un parecido extraordinario con el punto de una pluma.

Joe enchufó el aparato que al ponerse en marcha produjo un suave silbido, como el del aire a presión al salir por una minúscula espita. Después, acercándose a la caja, apoyó la punta a la pared metálica, de la que brotó una luz azulada.

Ni uno de los músculos de la cara de Joe se contrajo, a pesar de que conocía perfectamente la naturaleza de aquella luz, repleta de radiaciones peligrosísimas.

¿Qué le importaba?

Tal y como le había dicho el empleado, el orificio logrado, cinco

minutos después, era minúsculo, pero el mutante no pareció impresionarse por ello, haciendo otro más en la parte mediana de la caja.

Cuando terminó, dejó el aparato en el suelo; sacando una gran jeringuilla de otro de sus bolsillos. Aplicó una aguja al cono y dejándola sobre la mesa, destapó el frasco que tenía en el suelo.

Un olor penetrante invadió el ambiente.

Con sumo cuidado, Joe cargó la jeringuilla, haciendo pasar la aguja por el primero de los agujeros que había hecho con el micro-perforador. Impulsando después el émbolo, con todas sus fuerzas, hizo penetrar el líquido en el interior.

Repitió la operación, en el mismo orificio, seis veces seguidas, haciendo lo mismo en el de abajo. Luego, viendo que le quedaba aún un poco de líquido en el frasco, volvió a cargar por última vez la jeringuilla, vaciando su contenido en el orificio superior.

Sonrió.

Sin preocuparse de recoger nada, dejó todo lo que había llevado sobre el despacho, se sentó en éste, escribiendo unas palabras en una hoja que sacó de una carpeta.

Después salió, abandonando el edificio por el mismo camino que había utilizado para entrar.

* * *

El hombre penetró en el despacho del inspector Marker como una tromba.

—¡Quiero ver a mi jefe! ¡Quiero ver al señor Council!

«M.M.» le obligó a sentarse; después, para terminar de serenarle, le ofreció un magnífico habano.

—Haga el favor de encender ese puro, con toda tranquilidad. Después, comprobará que puede hablar mejor.

—Pero...

—Haga lo que le digo.

Obedeció el otro y cuando hubo expulsado una columna de humo, se puso a toser, obligando al inspector a darle golpes en la espalda.

—¿Qué demonios le pasa?

—No fumo, señor...

—¿Por qué no lo dijo?

—No me dejó usted, inspector.

«M.M.», aunque no tenía verdaderamente ganas, lanzó una alegre carcajada; luego, cogiendo el puro de los dedos del atribulado personaje, lo aplastó contra el cenicero.

—¿Está usted más tranquilo?

—Sí.

—Pues empiece por el principio. Así nos entenderemos mejor.

—Bien. Yo soy Fred Taylor, señor. Cajero del Banco del señor Council.

Siga.

—Esta mañana, como de costumbre, abrí el establecimiento y entramos todos: seis empleados y yo... La jornada empezó normalmente, hasta la llegada de un cliente que pidió hablar con el director. Le dije que el señor Council estaba ausente y que yo mismo le atendería.

»Entonces me dijo que acababan de telefonearle, sin decir quién, comunicándole que estaba completamente arruinado. El pobre hombre tenía la frente empapada en sudor. Porque el misterioso comunicante le había dicho, además, que sus títulos habían desaparecido de la caja fuerte del Banco.

»Como comprenderá usted, señor inspector, no tuve más remedio que sonreírme. Y dije a nuestro cliente, que es uno de los mejores, que hiciese el favor de pasar a mi despacho y que me esperase, ya que iba a enseñarle los títulos de su pertenencia para que se tranquilizase.

»Le dejé nervioso y me dirigí al despacho del jefe, sorprendiéndome entonces al ver un frasco y otros objetos que yo no conocía sobre la mesa del despacho. Pero, en aquellos momentos, pensé que quizás una de las mujeres de la limpieza, ya sabe usted lo descuidadas que son, había olvidado aquellos objetos allí.

»Por otra parte, mi atención se limitaba a la caja que, afortunadamente, estaba cerrada, como yo la había dejado el día anterior... Llevo quince años en la casa y míster Council tiene una confianza plena en mí. Por eso, al tener que quedarse aquí, me entregó las llaves, haciéndome responsable de la marcha del Banco.

»Abrí la caja, seguro de encontrarlo todo como lo había dejado la víspera; pero, nada más tirar de la pesada puerta hacia mí, un humo sofocante me cegó, obligándome a retroceder y, a tientas, buscar la puesta en marcha del expulsor de olores que consiguió, poco después, eliminar el humo que salía de la caja.

»Cuando pude acercarme a ella, me quedé pálido. Las piernas no querían sostenerme y tuve que apoyarme en la mesa del director para no caer... ¡Todo había ardido en el interior! Dinero, más de seiscientos mil dólares... y, ¡sobre todo!, los títulos que nos habían sido confiados y cuyo valor debemos reintegrar rápidamente... lo que no podremos hacer porque las inversiones no nos lo permitirán...

»¡Es la ruina del Banco, señor inspector! ¡Por eso he de hablar ahora mismo con mi jefe!

—Ahora le avisaré.

—¡Ah! He olvidado lo más importante. Al darme cuenta de que el olor que salía de la caja era semejante al del frasco y los instrumentos

que había sobre la mesa, encontré un papel… que creo he metido aquí.

Hurgó en un bolsillo, tendiendo a Marker un papel doblado.

Éste lo desdobló y leyó:

> «Ya has pagado, Council… ¡Estás completamente arruinado! Es posible que ahora reflexiones un poco sobre lo que te dije en el campo de mutantes… Ya no queda más que Robert Morton. Como has podido ver, nadie escapa a la justicia de *Joe*.»

## CAPÍTULO IX

MM» descolgó el aparato pidiendo comunicación inmediatamente con San Diego. Momentos después, la cálida voz de Dan llegaba hasta él.

—¡Helio, míster Marker!

—¿Qué hay?

—Nada. Sigo investigando. Tengo en el bolsillo una carta mecanografiada con mi dimisión. ¡Espero que esta vez la acepte!

—¡No digas tonterías! ¿Recibiste mi escrito de ayer?

—Sí — la voz de Dan se hizo átona—. ¡No suelte a Morton por nada del mundo! Es el único que nos queda.

—No sé si podré impedirle que salga de aquí, Dan. Está cansado de lo que llama «su prisión». Dice que si no damos la cara, jamás detendremos a Joe. Además, están las maniobras...

—¿Qué maniobras?

—Las que se inician mañana. No sé si sabes que Morton es técnico en comunicaciones y trabaja para una importante firma dedicada a la producción de aparatos de radio para militares. Morton ha descubierto un nuevo tipo de transistores y sus jefes desean que los ensaye en estas maniobras...

—No puede hacerlo otro?

—¡No conoces a nuestro hombre! Me ha dicho que llamaría al fiscal, exigiendo su libertad... Y no puedo retenerle contra su voluntad.

—Bueno. No creo que sea el caso más grave... Pero si hablase usted con los jefes militares, explicándoles confidencialmente lo que sucede, es posible que no le suceda nada a Morton. El terreno de las maniobras está acotado, ¿verdad?

—Sí. Nadie podrá penetrar en él.

—Bien. Proteja a ese loco hasta que empiecen los ejercicios. Una vez esté en las maniobras, no creo que tengamos que preocuparnos de él. Además, por otra parte, espero estar de vuelta antes de dos

días.

—¿Tienes algún plan?

—Todavía no son más que hipótesis, pero que se van confirmando cada vez más. Si logro atar cabos, Joe no se escapará... ¡lo juro!

—Ya tengo ganas de que se acabe todo esto: es peor que una pesadilla.

—Porque el delincuente es un soñador... ¿Quién iba a imaginarse que se disponía a hundir a sus enemigos sin matarlos? Fíjese, jefe, que sus procedimientos han sido, casi siempre, indirectos: empezó dejando ciego al pobre Robinson, volvió loca a Pola Loos, matándole lo que ella más quería, sus gatos, inoculó sangre de leucémico a dos médicos que, mejor que nadie, sabían lo que eso significaba para ellos. Y arruinó a Council, sabiendo que para éste, el dinero era lo más importante. El único caso de muerte, el del desgraciado profesor Warren, no lo hizo él.

—Es tremendo.

—Ahora comprendo lo que debió de suceder con el profesor. Joe debía de estar en camino, para tomarse la venganza a su modo, cuando oyó el disparo y me vio penetrar en la casa. Adivinando lo que había sucedido, se retiró, contento de que las cosas se hubiesen solucionado sin su intervención.

—¿Te dije que Charles había muerto?

—No, pero era de esperar. Este asunto tiene eso de triste: que a pesar de todo, hemos de dar la razón, una cierta razón, a los mutantes.

—Espero que cuando termine todo esto reflexionará la Casa Blanca antes de volver a hacer caso de un sabio demasiado exigente... e inhumano.

—Eso es lo que todos deseamos.

—Bueno, jovencito. Procura volver pronto: te necesito... Llevo muchas noches sin dormir bien.

—Pronto podrá hacerlo. Cuando tenga los ases en la mano, jugaremos la última baza... y Joe caerá en nuestro poder: no tiene otra salida.

—Así sea.

* * *

Morton respiró cuando los dos policías que le acompañaban, sin despegarse de él, se despidieron a la entrada del campo acotado para las maniobras.

El coronel Larsen se acercó a él:

—¿Preparado, muchacho?

—Sí, mi coronel — y dio un golpecito al aparato que llevaba en

bandolera.

Larsen señaló a los dos hombres que se alejaban.

—Ya me han explicado lo sucedido, Morton... ¡Ese mutante es un verdadero diablo!

—Creo que se le ha dado demasiada importancia al asunto, señor. Yo siempre voy armado y me hubiera gustado tropezar con él.

—Desconfíe, Morton. Por lo que me han dicho, ese tipo es verdaderamente un demonio. Y no es de extrañar: con su historial en Corea, es lo más natural del mundo. Menos mal que aquí no tiene nada que hacer. Todas las entradas están perfectamente controladas y cada sargento revisa, constantemente, a sus hombres.

—¿Para qué?

—Para evitar que Joe pueda suplantar a uno de ellos. Puedes estar seguro de que no entrará aquí.

Y después de un corto silencio.

—Pasemos a lo que nos interesa: Tú, cuando te hayas vestido el uniforme, irás a formar parte de la quinta compañía, que es la encargada de avanzar hacia la cota dominada por el bando «rojo»... Lo que deseamos saber es si tu aparato es capaz de recibir y transmitir dominando el estruendo de un fuego de barrera.

—¡Naturalmente!

—Nuestra artillería tirará detrás de vosotros, como si se tratase de un fuego de «barrera» enemigo. Así podremos saber si se oyen bien tus informaciones y si recoges del mismo modo las nuestras.

—Estoy plenamente convencido.

—Yo también, ya conozco tu aparato; pero debemos convencer a los «peces gordos», al grupo de generales que estará a la escucha. Si consigues el triunfo que espero, te harás de oro...

Robert sonrió.

—No sólo me alegraría por mí, coronel, sino por Alleine, mi esposa. Hace muchísimo tiempo que le he prometido un viaje por Europa.

—¡Pronto podrás hacerlo!

—Es mi mayor sueño. No puede usted imaginarse, señor, los días que hemos pasado encerrados... ¡Era intolerable! Menos mal que he logrado que dejasen salir a Alleine.

—¿No será exponerla a un peligro?

—¡Oh, no! Media docena de policías está pendiente de sus menores movimientos. ¡Con esa especie de Ángeles de la Guarda no hay cuidado!

Morton fue a ponerse el uniforme militar, pareciéndose, desde aquel momento, a cualquier soldado, con la diferencia de que era el único que no iba armado, llevando solamente su aparato en bandolera.

Las fuerzas «combatientes» ocuparon rápidamente sus puestos, estando Morton con las «azules», cara a las lomas que ocupaban las «rojas».

Un grupo de aviones sobrevoló las lomas lanzando sacos de yeso que hacían el efecto de bombas reales. Poco después, protegida por un grupo de modernos tanques, la infantería «azul» avanzaba decididamente hacia las alturas.

Morton estaba emocionado, ya que era aquélla la primera vez que veía algo que se pareciese a la guerra. En el fondo, siempre había querido formar parte de algún grupo de tropas combatientes, pero el recuerdo de los mutantes enfrió positivamente su entusiasmo bélico.

Cuando llevaban conseguido un avance de media altura en las lomas, una formidable barrera de artillería, formada por los disparos de más de doscientas piezas, estalló a su espalda. La tierra parecía sobrecogida de tan duro castigo y una densa humareda cubrió rápidamente la zona afectada.

Momentos después, la radio empezó a percibir las primeras llamadas.

—¡Aquí, Puesto de Mando Azul! ¡Llamando a Morton!

Robert sonrió.

Oía perfectamente, sin que los bruscos remolinos sonoros de los disparos de la artillería afectasen en lo más mínimo la pureza de la voz que llegaba a sus oídos.

—¡Aquí, Morton! ¡A la escucha, señor!

—¡Le oigo perfectamente! ¿Qué posición ocupan?

Robert consultó rápidamente el plano.

—Hemos alcanzado la cota 237, señor.

—Comunique al comandante que vamos a intensificar la barrera artillera. Debemos convencernos plenamente de la marcha de su aparato.

—Bien, señor.

Morton se acercó al comandante de su unidad, poniéndole en antecedentes del proyecto del Mando.

En efecto, minutos más tarde, el fuego artillero se convertía en una especie de horrible huracán. El temblor de la tierra era tan intenso que más parecía producto de un seísmo brutal.

Morton estaba a la escucha.

La ansiedad se iba pintando en su rostro a medida que pasaban los minutos sin que ninguna llamada del Mando se produjese.

De repente.

—¿Morton?

—Sí, soy yo... ¡Morton a la escucha!

—Hola, perro.

Morton se estremeció.

—¿Qué broma es ésta?

—¿Broma? ¿Creías que ibas a escapar, eh?

—¡Joe!

—Has adivinado, cerdo... Ya ves que aparezco en el momento preciso.

Morton no dijo nada.

—Escucha, Morton... Tengo aquí al lado a una personita encantadora que va a decirte algo...

—¿Eh?

Una loca sospecha cruzó por la mente de Robert.

Pero la sospecha se convirtió en evidencia cuando, casi en seguida, la voz de Alleine llegó hasta él.

—¡No hagas caso, Robert, amor mío! ¡No hagas caso!

Hubo un silencio.

—¿Has oído a tu querida esposa, Morton?

—¿Qué intentas, perro?

—Estoy cerca de tu casa... Si sales de ahí, rápidamente, podrás llegar aquí dentro de media hora... Te esperaré, justo, ese tiempo. Si tardas un segundo más, te convertirás en el más encantador viudo de los Estados Unidos.

—¡No!

—Sí, amigo mío... Y voy a dejar la línea libre... Tu amigo, el coronel, se está volviendo loco para comunicar contigo.

Cortóse la comunicación y Morton oyó, inmediatamente, la voz del coronel:

—¡Morton! ¡Morton!

Pero el joven no contestó.

Se quitó el aparato de la espalda y lo dejó caer al suelo, como un trasto inservible; luego, con los ojos brillantes, empezó a caminar hacia la barrera artillera.

El comandante, que le vio, corrió hacia él.

—¿Se ha vuelto loco, muchacho?

—¡Déjeme!

—Pero si...

No pudo decir más.

Robert le descargó un puñetazo, dando con él en tierra; después, seguro de que los soldados cercanos podían intervenir, corrió, penetrando, sin dudarlo, en el infierno rugiente de la barrera artillera...

* * *

Alleine empezaba a estar fastidiada de la simulada pero insistente compañía que le imponían los policías enviados por el inspector Marker.

Sabiendo que Robert estaba completamente seguro, salió alegremente de compras, dejando que su imaginación volase hacia aquel viaje a Europa que su esposo le había prometido y que, como había dicho antes de dejarla, iba a convertirse en una hermosa realidad.

Los grandes almacenes la atrajeron y penetró en ellos, divertiéndose de lo que hacía trabajar a sus «acompañantes» forzosos. Éstos se mantenían a una respetuosa distancia, pero sin perderla de vista.

Eran tres, que se relevaban cada cuatro horas.

Fue en uno de aquellos enormes almacenes donde Alleine notó la presencia de otro policía más.

Aquello le puso furiosa.

«¡Esto excede de toda medida! —se dijo, colérica—. Dentro de poco me enviarán un batallón e iré custodiada como si yo fuese un asesino...»

Dispuesta a demostrar que podía vivir sin los policías, hizo una serie de combinaciones, dentro del complejo sistema del almacén, logrando esquivarlos y salir por una puerta de incendios. Un taxi, momentos después, la llevaba al otro extremo de la avenida, donde penetró en otro almacén, ya completamente tranquila.

Estaba contenta, como una niña que acabase de cometer una travesura divertida.

Cuando salió, finalmente, del almacén, cargada de paquetes, apenas vio el coche que llamó, penetrando en él y percatándose al salir disparado el vehículo de que no era un taxi.

Se tranquilizó, no obstante, al ver que el rostro del conductor era el del último policía que se había agregado a los otros tres en el último almacén, cuando creyó haberlos despistado.

El hombre, sirviéndose del espejo retrovisor, le sonrió.

—Son ustedes muy listos — dijo ella, ya completamente tranquila.

—Eso parece — contestó él, sin comprometerse.

Se detuvo ante la casa de ella, abriendo la puerta.

—Vamos.

—Creí que me llevaba a presencia del inspector Marker.

—Eso será después. Por el momento, hemos de recoger uno de los aparatos transmisores de su esposo.

—¿Para qué?

—Hemos de comunicarle que Joe ha sido detenido.

—¿Es verdad eso?

—Completamente.

Ella sonrió.

—¡Yo misma se lo bajaré! Es el más potente de todos, capaz de crear interferencias a todos los demás... Robert lo ha construido en secreto, pero no creo que se enfade si lo empleamos para comunicarle tan grata noticia.

—Seguro que no.

Un poco más tarde, con el aparato a su lado, el chófer condujo el coche hacia las afueras de la ciudad.

—¿Dónde vamos? — inquirió ella, nuevamente intranquila.

—No se preocupe, señora Morton. Hemos de acercarnos bastante para comunicar con su marido.

Pero, cuando poco después oyó las horribles palabras que él pronunciaba, retrocedió, horrorizada.

¡Había caído en manos de Joe!

* * *

«M.M.» se secó el sudor que perlaba su frente.

—Eso es todo, Dan.

—Ya lo veo... ¡Se ha salido con la suya!

—De nada sirvió que el comandante, apoderándose del aparato que había tirado Morton, consiguiese detener la barrera de artillería. No lograron encontrar nada del pobre muchacho. ¡Y era nuestro único triunfo! ¡El que podía identificar a Joe!

Hubo un silencio; después, McMurray, con voz ronca, dijo:

—Ha llegado el momento de jugar nuestra baza, señor...

—¿Lograremos algo?

—Sí. Ya tengo los ases en la mano... Pero quiero decirle algo...

—Tú dirás.

—Hasta ahora, esa es la verdad, llegué hasta tener un poco de simpatía por ese tipo...

—A mí me ocurrió igual.

—Me ponía en su lugar y llegué a encontrar ciertas justificaciones a lo que hacía. Era, es verdad, un tipo de delincuente con el que no habíamos tropezado hasta ahora.

»Pero luego; a medida que fui viendo su sórdida manera de vengarse, me he ido percatando de que Joe, a pesar de todo, es un criminal, un espíritu retorcido, quizás, el más peligroso personaje que hemos conocido jamás.

—Tienes razón.

—Por eso, cuando me marché de aquí, después de charlar con la señora Robinson, que sigue cuidando a su marido ciego, tuve la primera idea, que deseaba comprobar junto a los que, en el instituto de Genética de San Diego, habían conocido al sargento Pryor en

Corea.

—¿Y qué lograste?

—Eso ya lo verá usted.

—¿Misterios?

—No; deseos de no adelantar mis triunfos.

—¿No puedes decirme nada?

—No, por ahora… Tengo dos días para montar el cepo, ya que Joe, una vez cumplida su venganza, se alejará seguramente de aquí.

—¿Dónde irá?

—A cualquier parte. Ha gastado casi todo el dinero que había reunido y no debe quedarle más que un poco…

—¿No se lanzará al robo? Después de lo que ha hecho…

—No. Joe no es de esa clase.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque ya voy conociéndolo. Joe es un enfermo, los que los médicos de la mente clasifican como «un esquizofrénico con un delirio de referencia». Cree que el mundo lo ha ofendido y desea demostrar al mundo que no se le puede ofender impunemente.

—¡Y lo ha demostrado!

—A su manera y contra su provecho.

—¿Qué quieres decir?

—Que mientras se ha vengado, mientras ha dado rienda suelta a su delirio, Joe ha sido, de una manera especial, un hombre feliz; pero ahora, cuando todo ha terminado, cuando ya no hay más víctimas propicias, va a sufrir como un condenado; es decir, sufriría si no cayera en nuestras manos.

—Prefiero que sufra en la cárcel.

—No irá a la cárcel, señor.

—¿Eh?

—No. Tendrá que ser enviado a un hospital para enfermos mentales.

—Es igual.

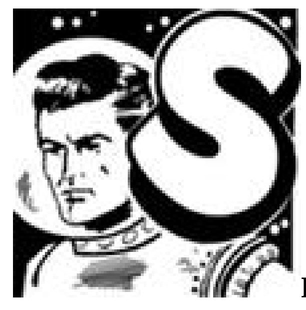
—Para él, no.

—¿Por qué?

—Porque Joe, aunque caiga en nuestras manos, tiene el último triunfo: una carta contra la que nosotros no podemos nada.

—No te entiendo… ¡Hablas en enigma!

## CAPÍTULO X



E anunció a bombo y platillo.

La Exposición ocupaba todos los bajos de un importante almacén, en el centro de la ciudad, y la expectación que provocó fue enorme desde el principio.

Toda la Prensa y medios de difusión consagraron amplias informaciones sobre la presentación del «Telepanta», el aparato universal de televisión en el que, además del control-dial como el de la T.S.F. corriente, se había logrado un relieve pancromático, natural y sin los defectos de color que los anteriores.

Era una verdadera revolución.

Un colosal receptor, con una pantalla de casi tres metros cuadrados, había sido instalado en el centro de la amplia sala destinada a su exposición. Y, desde el primer día, un público numerosísimo acudió, al abrirse la entrada, a contemplar aquella maravilla.

La pantalla reproducía emisiones de los más alejados países, demostrando que se había logrado para la televisión la misma universalización que para la radio.

El receptor estaba montado sobre una plataforma cubierta de espesas serpentinas que caían hasta el suelo.

Y debajo, en aquella sala improvisada, Dan McMurray y media docena de hombres trabajaban en silencio.

Era un pequeño laboratorio.

Dos hombres controlaban ocho contadores Geiger situados en distintos puntos y que apuntaban al exterior, quedando completamente invisible desde fuera.

Los otros cuatro hombres, armados hasta los dientes, eran agentes especiales de la Policía Federal.

Durante el primer día, la espera fue infructuosa. Dan tuvo que calmarse, sin poder fumar ni un solo cigarrillo, pensando en que aquélla era la única solución que le quedaba.

Pasó el segundo día.

Cuando los almacenes cerraron, ya tarde, «M.M.» penetró en ellos por una puerta trasera, yendo en busca de Dan.

—¿Nada?

—Nada.

—A lo mejor se ha olido la trampa.

—Es posible, pero no importa.

—¿Tan seguro estás?

—Sí. Joe no ha pensado jamás más que en una cosa: la televisión. Para él no ha existido nada más en el mundo...

—Pero...

—Seguro que se estará comiendo de impaciencia y deseos por ver este aparato...

—...que es completamente falso.

—¿Y qué importa? El fin justifica, a veces, los medios... El público será defraudado, ya lo sé; pero cuando se le explique el por qué, es posible que nos perdone la farsa.

—¡Menuda farsa! Un simple proyector cinematográfico que da la ilusión de una emisión televisada.

—No importa.

Y entraron en el tercer día.

Debajo del aparato, en aquella especie de garita, Dan y sus hombres esperaron, como cada día, llenos de esperanza al comienzo y serios y ensimismados a medida que la jornada transcurría sin que nada ocurriese.

Faltaban solamente una hora para cerrar el almacén cuando uno de los contadores empezó a emitir señales.

—¡Míster McMurray!

Dan se precipitó hacia el lugar en que se hallaba el técnico que acababa de llamarle.

—¿Qué hay?

—Mire.

El contador seguía lanzando su «tic-tic», cada vez más intenso.

—¡Míster McMurray!

Corrió hacia el otro lado, viendo que un nuevo contador se ponía en marcha.

—Se mueve de un lado para otro — dijo el técnico.

Así sucedía, en efecto.

Los contadores iban reaccionando a medida que el individuo se movía, dando vuelta al «stand», sospechando seguramente la existencia de una trampa.

Dan, cuando dos de los contadores funcionaban solamente, se atrevió a mirar por uno de los minúsculos orificios de la cortina.

El público formaba una densa barrera de rostros corrientes,

vulgares, detrás de la cual estaba, seguramente, Joe. Por el momento, Dan no podía ver absolutamente nada.

El nerviosismo se había apoderado de todos los que estaban bajo el gigantesco receptor. Hasta McMurray lo estaba, moviéndose de un lado para otro, siguiendo el camino que señalaban los contadores, a medida que el invisible Joe se movía.

Así, cuando uno de los contadores empezó a batir locamente, mientras los otros no daban más que débiles señales, Dan se precipitó hacia aquel sitio, seguido de los agentes, asomándose por uno de los minúsculos orificios practicados en la cortina.

¡Allí estaba Joe!

Tal como se lo había imaginado.

Alto, fuerte, ancho de espaldas, elegantemente vestido. Su rostro con aquella expresión de vida interna, pero quizá un tanto cansado.

McMurray sintió un calor que le penetraba en el cuerpo y que expresaba la loca alegría que experimentaba en aquellos instantes.

¡Su baza se había jugado triunfalmente!

Se hizo a un lado, mostrando a los agentes el hombre que debían cazar inmediatamente. Luego, saliendo con ellos por el lado opuesto, gritó:

—¡A él, amigos!

Dos policías sujetaron fuertemente a Joe, que, sorprendido, no comprendía aún el peligro.

Pero reaccionó de súbito.

Un empellón y los dos agentes salieron disparados, como si hubiesen sido rechazados por las aspas de un molino. Después, abriéndose paso a puñetazos, consiguió atravesar el muro humano.

Pero estaba perdido.

Uno de los técnicos había oprimido un botón, desde debajo del falso receptor y todas las puertas del almacén se cerraron automáticamente.

Al percatarse de aquello, Joe desvió su carrera, lanzándose a las escaleras, que empezó a subir a toda velocidad.

Dan y los suyos les seguían de cerca.

Los pisos superiores tenían balcones y daban al patio central, en cuyo fondo estaba el aparato, del que se había empezado a alejar el público que perdió rápidamente su curiosidad.

Un piso, dos, tres…

Joe galopaba velozmente, ágil como un atleta, con los puños crispados y los ojos llameantes.

Finalmente, cuando llegó al piso quinto, llevando una considerable ventaja a sus perseguidores, se volvió, empezando a disparar contra ellos.

Uno de los agentes cayó al suelo.

—¡Cubríos! —aulló Dan.

Y siguió, solo, despreciando las balas que aullaban a su alrededor, como avispas furiosas.

Entre tanto, Joe conseguía subir al último piso, el octavo, violentando la puerta que daba a la terraza; pero, al intentar salir fuera, una granizada de balas le hizo retroceder vivamente.

—¡Maldición!

Evidentemente, sus enemigos habían pensado en todo, no dejando suelto ningún hilo.

Disparó contra Dan, que era el que avanzaba más cerca de él, obligando al agente a refugiarse bajo la repisa que formaba la escalera.

Como una bestia acorralada, Joe miró hacia todas partes, buscando ansiosamente una salida. Hasta que se percató de que no la tenía.

Dan subía lentamente, paso a paso, observando atentamente al mutante.

—¡Levanta las manos, Joe!

El otro se volvió, disparando contra el agente; pero al intentar hacerlo por segunda vez, se dio cuenta de que su arma estaba descargada.

—¡Ríndete, Joe!

El mutante rió nerviosamente.

—¿Rendirme? ¡Nunca! No quiero que os burléis de mí... ¡Yo os he vencido y no puedo serlo jamás!

—¡Voy a disparar, Joe!

—No lo harás... Me quieres vivo y no te atreverás a matarme. Porque sabes que no tengo armas y tú no eres un criminal...

—¡Dispararé!

—No, no te atreverás.

Dan hizo fuego.

Había apuntado a la rodilla derecha y la bala le destrozó la articulación por completo.

Quería, en efecto, a Joe vivo.

El mutante lanzó un grito de dolor.

—¿Me quieres vivo, eh? — aulló—. ¡No lo lograrás!

¡Y empezó a encaramarse a la barandilla que daba al patio!

—¡No, Joe!

El otro seguía trepando.

Dan disparó de nuevo, esta vez al brazo, deseando evitar, fuese como fuese, que Joe se saliese con la suya.

El mutante aulló nuevamente de dolor; pero, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, logró, con un esfuerzo final, encaramarse totalmente.

—¡No, Joe!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Espera!

—¡No me cogerás vivo, policía!

Dan, jugándose el todo por el todo, corrió hacia él en el momento en que éste se colgaba hacia el vacío.

Allá abajo, la gente corrió alocada.

Dan consiguió agarrar al mutante de un pie. El cuerpo de Joe pendía del vacío.

—¡Suéltame, polizonte!

—¡No!

Y volviéndose, gritó:

—¡Venid rápidos! Ya no puedo más…

Joe, loco de rabia y viendo que los agentes subían rápidamente el piso que les separaba del último, lanzó el otro pie contra el rostro de Dan, consiguiendo golpearle entre los ojos.

Ciego de dolor, Dan soltó presa y Joe descendió hacia el sótano, destrozando el receptor gigantesco que había abajo…

## EPÍLOGO

—Ya está, jefe...
—¿Lo han enterrado?
—Sí.

Hubo un silencio.
—Pareces contrariado.
McMurray sonrió, tristemente.
—No, no lo estoy... Después de todo, Joe ha tenido el fin que deseaba. Para él, todo había terminado…o iba a terminar muy pronto.
—¿Por qué?
—Porque estaba muy enfermo. Los médicos que han hecho la autopsia lo han afirmado: sólo un hombre de la fuerte constitución del sargento Pryor hubiera sido capaz de resistir el mal que le minaba.
—No hizo entonces más que adelantar su hora.
—Así fue. Pero lo más triste de todo es que su enfermedad fue la que le perdió.
—No entiendo.
Dan tardó unos instantes en reanudar la conversación.
—Joe se sabía mutante, enfermo...
—Eso es verdad.
—Pero olvidó que un mutante, generalmente, es un hombre como nosotros, que ha de ser detalladamente reconocido para ser diferenciado.
—Comprendo.
—Si Joe no hubiese tenido esa especie de amargura de los mutantes, esa seguridad de estar enfermo y de tener los días contados, jamás hubiésemos logrado cazarlo.
—Es posible?
—Sí. Porque si no se hubiese sabido irremisiblemente condenado, nunca se hubiera atrevido a manejar el micro-perforador.
—¿Por qué?
—Porque nadie ignora que ese aparato es muy peligroso y hay que manejarlo con infinitas precauciones. Cuando se pone en marcha, despide partículas sólidas, fuertemente radiactivas, que se incrustan en la piel, donde permanecen hasta que dejan de radiar...
—¿Le pasó eso a él?
—Sí. Esas partículas pueden provocar tumores u otras

enfermedades graves; pero a Joe no le importaba nada porque se sabía condenado, al ser un mutante.

»Esas partículas, cuando me enteré de lo que había hecho en el Banco de Council, me dieron una esperanza.

»Por lo menos, me dije, Joe está ya señalado, es un hombre, el único hombre de la ciudad, que emite radiaciones...

—Todo eso estaba muy bien, Dan; pero ¿te imaginas lo que es buscar a un hombre en una ciudad como Washington?

—Lo sé. Hubiésemos necesitado organizar una verdadera caza, con cientos de contadores Geiger. Por eso pensé en la televisión.

—¿Cómo encontraste el truco?

—Al hablar la primera vez con la señora Robinson, me fijé en el hermoso aparato qué tenían. Ella me dijo entonces que el hombre que había visitado a su marido se había maravillado y lo había hecho funcionar. Y hasta que conocía su nombre.

»Yo no pensé más en el asunto; pero, después, al ir atando cabos, me dije que era bastante curioso que un hombre que va a vengarse de otro se entretenga con un televisor.

»La visita que hice después al Instituto de San Diego me demostró que no había perdido el tiempo. Todos los hombres, los supervivientes, que conocían al sargento Pryor, sabían de su monomanía por la televisión y a todos había explicado sus proyectos para cuando volviese a los Estados Unidos.

»Joe haba sido representante de una casa de televisores de gran importancia y su sueño era conseguir un taller donde estudiar a fondo esa técnica e innovarla con sus ideas.

»Por eso manejó fácilmente el aparato transmisor que la esposa de Morton le entregó, creyéndole uno de los nuestros.

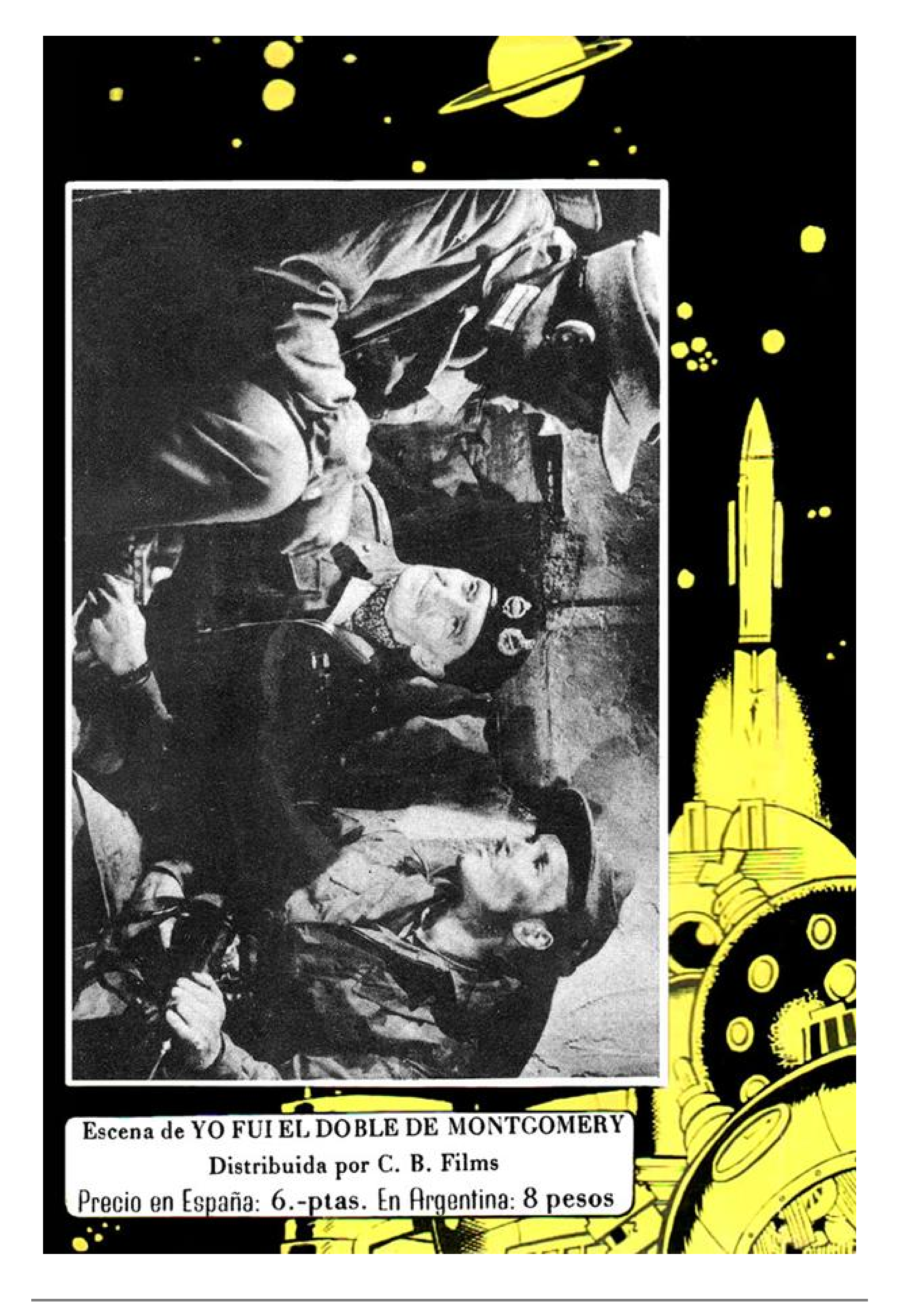
»Y su afición a la televisión le costó la vida, ya que, a pesar de estar marcado radiactivamente, jamás lo hubiésemos encontrado de no haber conocido su afición.

«M.M.» encendió un cigarrillo.

—¡Asunto terminado!

—Sí, como todos — dijo pensativamente Dan —; pero, como siempre, es decir, en este caso más que en otros, queda algo amargo en la boca: el gusto de haber acabado con algo, un hombre que sin todo lo ocurrido hubiera llegado a ser un honrado ciudadano como nosotros... o mejor que nosotros.


FIN




[1] Formación excesiva de leucocitos en la sangre.